



EMILIO SALGARI

EL REY
DE LA
PRADERA

Novela de Aventuras

VERSIÓN ESPAÑOLA

TOMO I

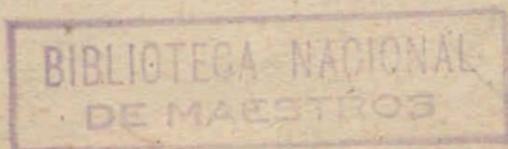


Lección Infantil

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D



1101166-

*Copy - 1946
Nota 288-4045
B. Sup: 22.836/10/44*

(224)

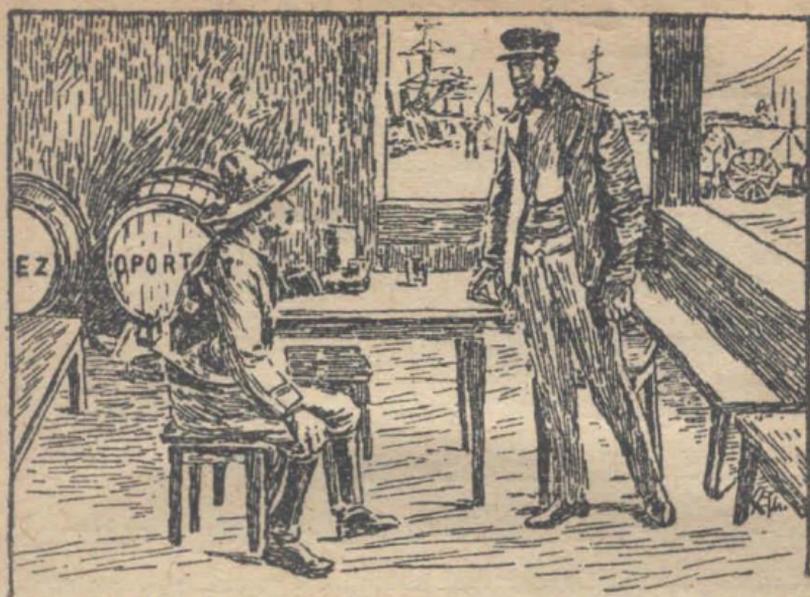
PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

Library of Congress

EL ALBATROS

I

EL NEGRERO



—¿Acepta usted el pacto?

—¡Caramba! Corre usted más que un vapor á toda máquina.

—No me gusta andar con rodéos, capitán Núñez.

—Tenga usted un poco de paciencia, señor; estos asuntos no pueden tratarse así de cualquier modo, tanto más cuanto que no sabe uno adónde puede ir á parar.

—¿No basta lo ofrecido?

—No digo yo que sea poco, señor... No sé cómo se llama usted.

—No importa.

—Á mí sí.

—Llámeme baron de Chivry ó con otro nombre cualquiera; me es igual.

—Bueno, señor barón de Chivry, sobre el precio no puedo decir nada. ¡Caray! ¡Treinta mil pesos en el acto y otros tantos una vez terminado el asunto! — dijo el Capitán.
— No ganaría tanto con un cargamento de ébano.

—¿De modo que...? — preguntó aquel que se llamaba ó se hacía llamar barón de Chivry.

El Capitán meneó la cabeza, se bebió una gran copa llena de aguardiente, y dijo:

—Ante todo, pongamos cada cosa en su lugar; en los negocios me gusta ver claro.

—Ya le he dicho que no corría peligro alguno; además, un negrero, ¿qué puede temer?

—¡Ah! No es que tenga miedo — añadió el capitán Núñez. — ¡Caramba! Bastantes veces me las he tenido que ver, en las costas de África, con los cruceros que querían meter las narices en mis asuntos y quitarme los esclavos comprados lealmente con tanta pólvora, armas y botellas de ron más ó menos aguado. Pero usted comprenderá que estemos con mucha curiosidad por saber con exactitud adónde vamos y cómo debe terminar esto.

—Es usted muy desconfiado, señor Núñez — dijo Chivry con mal humor. — Creí hablar en usted un hombre más resuelto y más decidido.

El capitán español levantó la cabeza, frunció el ceño y miró fijamente á su compañero.

—Señor Chivry — dijo con acento avinagrado, — me parece que se propasa usted conmigo.

¡Mil rayos! Le desafío á que busque un hombre más resuelto que yo.

—Entonces, ¿por qué habla y duda usted tanto?

—Porque tengo mis razones. Voy á ganar sesenta mil pesos y debe de tratarse de alguna cosa grave; yo no quiero malquistarme con las autoridades brasileras, pues sospecho que el negocio que usted me propone no debe de ser legal.

—Sí y no — repuso Chivry.

—He ahí un enigma.

—Que le explicaré á medias.

—¡Por fin! — exclamó el español.

—Primero necesito algunas aclaraciones.

—Hable usted.

—Su barco de usted, ¿es resistente?

—Hace cuatro años que salió de los astilleros de Cádiz; puede decirse que está nuevo.

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—Treinta.

—?Qué gente es?

—¡Por Dios! ¡No tendrá usted la pretensión de que un barco negrero esté tripulado por benedictinos!

—Mejor que mejor.

—Son lobos de mar, recogidos en todos los puertos del mundo, decididos á todo, incluso á la piratería si yo se lo mandara.

—¡Buena gente! señor Núñez — añadió Chivry riendo. — ¡Mejor que mejor!

—Vamos al grano, si no tiene usted nada más que preguntar.

Chivry se humedeció la lengua con el vaso que tenía delante, luego apoyó los codos en la mesa, y mirando al Capitán, le preguntó á quemarropa.

—¿Conoció usted á la marquesa de Aranjuez y Mendoza?

El Capitán no repuso; sin duda interrogaba la memoria.

—Perteneía á la nobleza del Brasil; pero era de origen español como usted — continuó Chivry.

—Espere... Hace varios años que falto de España y no he permanecido nunca mucho tiempo en el Brasil; pero ese nombre me suena... ¡Caramba...! ¿Vivía en Santos?

—Sí; en Santos.

—¿Era muy conocida por sus riquezas?

—Precisamente.

—Y recuerdo que un hijastro suyo cometió varias locuras, viéndose obligada la Marquesa á despedirlo.

—Puede — dijo Chivry; — pero lo ignoro.

—También se dice que huyó después de cometer no sé qué delito, ahora que recuerdo.

—Es posible — repitió el francés prestando atención.

—Siga usted, señor Chivry — dijo el español.

E L R E Y D E L A P R A D E R A

—Continúo, señor Núñez; ¿sabía usted que la Marquesa hubiera tenido otro hijo, pero nacido de su matrimonio con el marqués de Mendoza?

—No; nunca me interesó esa familia; lo que le he dicho me lo contaron en alguna taberna de Santos ó de Río de Janeiro.

—Bien; pues yo se lo digo á usted.

—¿Qué conclusión sacamos...?

—Que yo le doy á usted sesenta mil pesos en dinero contante y sonante si me ayuda á raptar á ese muchacho.

—¡Raptarlo! — exclamó el español estupefacto. — ¡Por cien mil diablos! ¡Tanto vale ese chico! ¡Usted se burla, señor Chivry!

—No, hablo con seriedad — respondió el francés.

—Considere que sesenta...

—Ya lo he considerado, señor Núñez.

—¿Todo se reduce á eso?

—No; aún queda algo.

—¿Y es ello?

—Embarcar al muchacho y trasladarlo al golfo de Méjico, á la laguna de la Madre, junto al río Miguel.

—Pero, ¿por qué?

—¡Alto allá, señor Núñez! Le he dicho todo lo que sabía; pero no puedo seguir, porque no sé más. ¿Acepta usted ó techaza el pacto? En dos meses, si quiere, puede haber terminado ambas cosas y haber ganado esa cantidad:

—¿Dónde se encuentra el muchacho?

—En una quinta aislada cerca de Porto Alegre, en la laguna de los Patos.

—¿Y cómo nos las arreglaremos para raptarlo?

—Ya veremos; eso me incumbe á mí.

—¿Qué edad tiene el muchacho?

—Debe de tener diez y seis años — respondió Chivry tras algunos instantes de vacilación.

—¿Usted no le conoce?

—No le he visto nunca.

El español hizo otro gesto de asombro.

—Dígame, señor Chivry, ¿obra usted por su cuenta ó por cuenta de otra persona?

—Eso no le debe á usted interesar.

—Por lo menos dígame qué piensa hacer del muchacho.

—Ya se lo he dicho: trasladarlo á la desembocadura del río Miguel.

—¿Por qué causa?

—Eso es lo que yo ignoro también.

—Otra pregunta.

—Hable, pero que sea la última.

—¿Ha venido usted expreso para buscar un capitán poco escrupuloso?

—Sí,

—¿No se mezclará en nuestro asunto la policía brasileña?

—La quinta se halla en medio de los campos

y cuando adviertan el rapto estaremos lejos.
¿Acepta usted?

—Acepto — dijo el español después de titubear breves momentos.— ¡Será una mala acción y acaso me ocasione perjuicios!, pero... sesenta mil pesos no se ganan todos los días y puede probarse fortuna.

Este diálogo se sostenía durante los primeros días del mes de Abril de 1842, en una taberna de Río Janeiro, á poca distancia de la playa. Los dos personajes antedichos no se parecían en nada; el capitán Núñez era un mocetón de unos veintisiete ó veintiocho años, alto, desgarbado, moreno, como ordinariamente lo son los españoles, ojos negros y vivos, y cabellera negra como el ébano.

Á primera vista y aun no conociéndole se adivinaba que debía de ser no sólo un hombre de mar, sino un carácter enérgico, resuelto y capaz de todo, á pesar de su juventud.

EL REY DE LA PRADERA

En cambio el otro, que se hacía llamar Chivry, era un hombre de cuarenta años, de mediana estatura, hombros cuadrados y fuerte musculatura. Tenía la cabeza grande y cuadrada como los bretones, frente espaciosa, surcada por abundantes arrugas, ojos grises parecidos á los del águila, pelo largo y algo canoso, barba negra y descuidada.

Eran sus modales algo groseros, pero en sus palabras se adivinaba que debía de poseer una cultura superior, y en algunos rasgos suyos se comprendía que no era un hombre vulgar; y aun cuando vestía de un modo extravagante, á medias mejicano y á medias yanqui, lo cual le daba cierto aire de corredor de las inmensas praderas del *Far-West* ó de los *Llanos*, no parecía que perteneciese á ninguna raza americana.

¿De dónde venía y quién era? Nadie lo sabía.

Una semana antes desembarcó de un vapor procedente del golfo de Méjico, y se alojó en una de las mejores fondas de la ciudad, dándose el título de barón de Chivry; después se dedicó á hacer misteriosas indagaciones en las tabernas del puerto, deteniéndose horas enteras delante de los navíos anclados en el muelle y muy especialmente ante la corbeta del capitán Núñez, que había llegado hacía quince días con un cargamento de 400 negros destinados á las granjas del interior.

Luego desapareció durante varios días sin que nadie supiese dónde se ocultaba; pero en cuanto reapareció se puso á buscar al capitán Núñez y, hallándolo en la taberna, de buenas á primeras le propuso su negocio.

El español, que no le había visto hasta entonces y que pensaba zarpar al día siguiente para la costa africana con el objeto de hacer otro buen cargamento de esclavos, creyó al

principio que se las había con un loco ó con un borracho; pero cuando vió que el desconocido abría una cartera y extendía en la mesa billetes por valor de ciento cincuenta mil pesos, sus dudas se trasformaron en un asombro difícil de describir.

Sí que era para sorprenderse el ver en poder de aquel hombre que parecía un pobre mejicano arruinado, una suma relativamente enorme y que podía ganar sin correr tantos riesgos como en la trata de esclavos, prohibida entonces por las naciones europeas, las cuales mantenían en las costas africanas cruceros armados y bien equipados. Al pronto Núñez dudó, pues ignoraba el asunto de que se trataba y no quería comprometerse con la policía brasileña, con la cual vivía en buena armonía; pero luego acabó por ceder. Después de todo los negreros no son muy escrupulosos y no rechazan cuantos medios hallan para agenciarse algún

dinero, y el capitán Núñez amaba el oro entrañablemente. Además... allá se las entendiera el señor Chivry; á él sólo le competía llevar á buen fin el rapto del muchacho. Depositado en el punto indicado, percibiría los otros treinta mil pesos y no tendría que ocuparse de más.

.....
.....
—¿De manera—añadió Chivry después de vaciar otra copa de aguardiente — que usted acepta el pacto, señor Capitán?

—Le doy á usted mi palabra.

—¿La tripulación pondrá ningún obstáculo?

—¿Por qué?

—Por el rapto del muchacho.

—Nadie se atreverá á levantar la voz. ¡Caray! Mis marineros saben que no admito bromas ni observaciones. Descuide usted, los conozco y sé que me temen. A bordo tengo buenas cade-

E L R E Y D E L A P R A D E R A

nas, y si no bastan, tengo maromas para hacer un nudo y colgar al que chiste de la cofa más alta. ¿Comprende usted lo que significa esa operación, que envía á un hombre al otro mundo por más fuerte y robusto que sea?

— Lo comprendo — dijo Chivry riendo. — ¿Puedo contar con su palabra?

— Sí, señor.

— Aquí está mi mano.

— Aquí la mía, señor Chivry — repuso el negrero apretándosela.

El aventurero mejicano ó lo que fuera volvió á sacar la cartera y puso ante el Capitán tres cheques pagaderos á la orden, por valor de diez mil pesos cada uno.

— Esto es la mitad de lo acordado.

— ¡Buen pagador y muy confiado! ¿Y si yo fuera un bribón y zarpase esta noche sin aguardarle?

—No hará usted eso, capitán Núñez.

—Gracias por la buena opinión que de mí ha formado. ¿Cuándo partiremos?

—No hace falta que venga usted.

—¿No? Me alegro, señor Chivry; me molestaba comprometerme en lo del rapto; y entre tanto que usted va por el muchacho, ¿qué haré yo?

—Nada; aguardarme en su barco.

—¿Va usted á ir solo á la laguna de los Patos?

—No: he buscado algunos hombres de buena voluntad y ellos me ayudarán.

—Entonces ¿partirá usted pasado mañana con el barco costero?

—No, Capitán.

—¿No? — exclamó el Capitán asombrado.—
¿Está ya aquí el muchacho?

—¡Si le he dicho que no le conozco!

—Es verdad. ¿Y qué va usted á hacer?

EL REY DE LA PRADERA

—Si partiese en el barco costero, ¿cómo quiere usted que me llevase en secreto á un muchacho de diez y seis años? Me figuro que el hijo de la Marquesa se resistirá á seguirme y alborotará á los marineros y á los viajeros del barco.

—¡Caramba! ¡Qué hombre tan prudente! ¿Como se trasladará usted allí?

—En un vaporcito que he alquilado.

—¿Y cómo conducirá al muchacho?

—Se le adormecerá con un narcótico y se le trasladará á bordo de su barco de usted metido en una caja.

—¿Se dejará prender?

—Tengo una idea, que quizá resulte. En último caso recurriremos á la fuerza.

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—Seis.

—¿Quiere algunos marineros?

—No hacen falta.

—Como guste; ¿cuándo estará de vuelta?

—Hoy es viernes — dijo el Barón. — ¿Qué distancia hay de aquí á Porto Alegre?

—Unas setecientas millas.

—Mi embarcación anda diez millas por hora, de modo que, según cálculo, emplearé siete días en ir y volver; otro lo emplearé en el rapto. Puede usted tenerlo todo preparado para el 14 de Abril, á eso de la media noche y á la entrada del puerto, delante del faro.

—Allí estaré.

—Procure que las velas estén desplegadas y todo el equipaje á bordo.

—Seré más puntual que un reloj.

Chivry arrojó sobre la mesa un puñado de *reis*, y se puso en pie.

—Adiós, Capitán; dentro de breves horas parto para los puertos del Sur.

—Buena suerte, señor Chivry.

E L R E Y D E L A P R A D E R A

—¿Palabra?

—De honor.

—Hasta la vista.

Apretó por última vez la mano del negrero se colocó en el brazo un rico zarape mejicano, y salió precipitadamente, dirigiéndose al muelle.

Una vez al aire libre el señor Chivry se detuvo unos instantes como para orientarse; luego se encaminó hacia el muelle, que estaba lleno de navíos de todas las nacionalidades, y se fijó en una corbeta de doscientas á trescientas toneladas que se hallaba anclada en medio de la bahía.

La observó despacio, admirando la arbolarura alta y esbelta, el espolón agudo y resistente, la forma elegante de la quilla, y contando las troneras, á través de las cuales salían las bocas de cuatro cañones de grueso calibre.

—El barco es sólido y debe de volar como una gaviota—murmuró.—Núñez puede jactarse de poseer un magnífico velero.

Pasó al otro lado de la cala y miró la popa

del navío, sobre cuyo castillo se veía otro cañón de los llamados de caza, piezas enormes que suelen llevar los barcos negreros. Aguzó la vista, fijándose en la cornisa del navío, donde se leía con caracteres dorados:

«Albatros—Cádiz.»

Supieron bautizarle bien—dijo Chivry sonriendo.—La nave volará como el pájaro cuyo nombre lleva. ¡Admirablemente! Ahora podemos partir.

Sacó el reloj que llevaba en la ancha faja que le ceñía la cintura, y miró:

—Las dos: seamos puntuales; los hombres estarán esperando, y la máquina se hallará ya encendida desde hace diez minutos.

Se hundió hasta las cejas el amplio sombrero, especie de sombrero mejicano con inmensas alas, se envolvió en su zarape, á pesar del calor que hacía, y se puso en marcha á lo largo de la orilla.

Frente á la isla de Cobras, y precisamente en las inmediaciones de la iglesia de San Benito, en un lugar desembarazado de navíos y en aquel instante desierto, se detuvo ante una chalupa de vapor, de cuya chimenea salían nubes de humo, al par que abundantes chispas.

La tripulaban seis hombres, seis marineros al parecer, pero que en sus rostros tenían un no sé qué poco tranquilizador. Dos eran blancos, los otros cuatro, mestizos, todos musculosos y dotados de agilidad y viveza extraordinarias. Cuando vieron llegar al señor Chivry le saludaron, mirándole frente á frente.

—¿Estamos á punto?—preguntó el francés.

—La máquina está encendida—repuso uno de los blancos.

—¿Mis armas?

— Á bordo, metidas en el cajón de Su Excelencia.

—¿Los víveres?

—Ayer por la tarde los embarcamos

—Vámonos.—Saltó dentro de la chalupa, se sentó á popa empuñando la caña del timón, y dijo:—¡Avante, y á todo vapor!

Los mestizos separaron la chalupa con una vigorosa sacudida, la hélice se puso en movimiento mordiendo con furia el agua, y los siete hombres fueron trasportados á través de la bahía.

Chivry llevó primero la nave hacia la isla de Cobras para salir de la triple fila de veleros y vapores que se extendía delante de los *docks*; después viró de bordo, poniendo la proa entre las dos penínsulas que cierran la bahía, en cuyos extremos se yerguen las gigantescas masas de los castillos de San Juan y Santa Cruz.

En menos de veinte minutos llegó á la boca, dejó á estribor la isla Tuciña, y la rápida embarcación, rugiendo y silbando sobre las aguas del Atlántico, cortando con el agudo espolón las

olas y dejando á popa una estela de espuma, se perdió en lontananza.

—¿Qué rumbo?—preguntó el jefe de la tripulación acercándose al francés con la gorra en la mano.

—Hacia la desembocadura de Río Grande del Sur.

—¿Es allí adonde vamos?

—Sí, señor Juvencio de Aguiar.

—¿Daremos allí el golpe?

—Ya veremos.

—Lo mismo da.

—Lo creo.

—Su Excelencia paga como un potentado y le obedecremos siempre.

—Así lo espero.

—¿Desea algo más?

—Una respuesta.

—Preguntad.

—¿Son de confianza estos hombres?

—No creo que pueda tener queja de ellos Su Excelencia.

—¿Dispuestos á todo?

—A prender fuego á una ciudad si Su Excelencia lo desea.

—Basta; á la máquina, y que la chalupa corra como ahora, pues tengo contados los días.

—El carbón nos durará hasta que lleguemos á Río Grande, y creo que no necesitaremos aprovisionarnos en ninguna parte.

—Está bien; á su puesto.

El francés sacó una brujulita y la miró atentamente para orientarse; luego dió media vuelta al timón, lanzando la chalupa á lo largo para salvar la profunda sinuosidad que describe la costa brasileña desde Río Janeiro hasta cerca de la isla de Santa Catalina.

Á bordo de la veloz embarcación reinaba un profundo silencio, interrumpido sólo por los rugidos de la máquina, que funcionaba rabiosa-

mente. El francés se hallaba absorto en sus meditaciones, y miraba distraído las olas que se estrellaban contra la proa; el maquinista se ocupaba en llenar la caldera de carbón con objeto de que la velocidad fuera constante; los demás permanecían sentados en los bancos, con los brazos cruzados y sin pronunciar una palabra.

El mar se mantenía tranquilo, y la limpidez del cielo permitía distinguir las agudas crestas de la sierra de Laves, aunque la distancia á que se hallaba la costa era respetable; si el tiempo no cambiaba, la chalupa, que marchaba con rapidez creciente, podía regresar á Río Janeiro antes del día fijado.

Cuando cerró la noche, Chivry hizo encender los focos para evitar una colisión, cosa nada difícil en aquel paraje tan frecuentado por los barcos procedentes de los puertos de Europa ó de los del Sur, que mantienen gran tráfico con los del imperio brasileño.

Hacia la media noche, después de recomendar á los de guardia mucho cuidado, Chivry abrió su cajón, sacó un par de pistolas, las cargó procurando que le viesen todos, se las puso á la cintura, y envolviéndose en su zarape, se tendió en un banco para descansar. De todo esto se desprendía que no se fiaba mucho de sus hombres y que temía una mala pasada.

Sin embargo, durante la primera noche no ocurrió nada; los marineros se tendieron en el suelo, y el maquinista siguió alimentando la caldera para que no disminuyese la velocidad de la chalupa.

Al amanecer, el francés, que había dormido tan cómodamente como en su cama, se encargó otra vez del timón; corrigió el rumbo, dirigiendo la chalupa hacia la costa, pues el mar estaba algo picado y ya habian salvado la sinuosidad; después, volviéndose hacia Juvencio de Aguiar, le preguntó bruscamente:

—¿Conoce usted la laguna de los Patos?

—Sí, Excelencia—repuso el interrogado.

—¿La ha cruzado?

—Varias veces.

—¿Es muy frecuentada?

—Algunos vaporcillos y unos cuantos veleros que se dirigen á Puerto Alegre.

—Mejor.—Contempló el Océano breves instantes, y repuso:—¿Conoce usted Puerto Alegre?

—Dos veces he estado allí.

—¿Ha visto usted una inmensa posesión que se llama *San Joao do Libramento*?

El jefe pensó unos instantes revolviendo su memoria, y dijo:

—¿Habla Su Excelencia del arrabal de *Saint' Annado Libramento*, en la colina de este nombre?

—No.

—Aguarde... sí, se halla en la ribera del río Jacuhy, á 10 ó 12 millas de Puerto Alegre.

—¿Conoce usted al propietario?

—No sé quién pueda ser.

—¿De verdad?

—Puede creerme; no acostumbro mentir.

Ante aquella afirmación que no cuadraba bien en boca de semejante individuo, una sonrisa sardónica pasó por los labios de Chivry.

—Me alegro.

—¡La costa!—gritó uno de los marineros.

El francés, que seguía en el timón, hizo describir á la embarcación una media virada á estribor; después miró atentamente hacia el Oeste.

Á doce ó quince millas aparecía un grupo de islas que se destacaban sobre el horizonte. Era el archipiélago de Santa Catalina, formado por la isla de este nombre, la de San Francisco y otros islotes, y que da nombre á la provincia que se extiende por el litoral en una longitud de quinientos miriámetros.

Santa Catalina es la más importante, y hasta puede decirse que su puerto, llamado Destierro, y que tiene una población de 8.000 almas, es uno de los más frecuentados y de los más hermosos del Brasil. El litoral dependiente de la isla se llama Laves, pero aun cuando tiene una vastísima extensión, no comprende más que un distrito.

Es un territorio elevado, fértil y salubre, regado por infinitos afluentes del Paraguay y del Uruguay, atravesado por una ancha cadena de montañas, que se llama sierra de Laves. A pesar de comprender 800 miriámetros cuadrados, tiene una población muy pequeña; apenas llega á 10.000 habitantes, y de éstos, los más son alemanes, y los menos, brasileños. No cabe duda que á este territorio le está reservado un porvenir brillantísimo por su proximidad á la Argentina, Paraguay y Uruguay.

La chalupa, que distaba poco de la desembocadura del Río Grande del Sur, seguía coste-

ando la tierra brasileña, que aparecía, ya montuosa, ya llana. ya cubierta de inmensos boscajes.

Al anochecer, Chivry mandó disminuir la velocidad, pues los buques se hacían más frecuentes y el cielo se había cubierto de espesos nubarrones; por precaución se acercó aún más á la costa para poder refugiarse en cualquier sinuosidad si el Océano se encrespaba.

Durante toda la noche la nave se vió azotaña por las olas que avanzaban contra ella coronadas de espumas y empujadas hacia la costa por el viento fresco que soplaba. Chivry no abandonó el timón ni un solo instante, y más de una vez ordenó bombear el agua que el oleaje hacía que embarcara la chalupa.

El viento cesó al amanecer, y el Océano recobró su calma; la chalupa se hallaba á poca distancia de la desembocadura del Río Grande, ó mejor dicho, de la laguna de los Patos.

Al mediodía el jefe se acercó al señor Chivry.

—Ya estamos.

—¿Por dónde está el paso?

—Allá, al fin de esta península.

—Empuña la caña del timón.

—¿Preparo las armas?

—Por ahora no hacen falta.

—Pero, ¿adónde vamos?

—Adonde yo mando.

—Como guste Su Excelencia.

—Entremos en la laguna y ten cuidado no vayamos á tropezar.

El jefe lanzó la embarcación hacia Poniente, donde se abría una bocana enorme. Pasó como una flecha entre la isla de los Marineros y la ciudad de Río Grande, situada en la orilla septentrional de la laguna, en la desembocadura del llamado también Río del Sur, fundada en 1737 por el brigadier José de Silva Paes, y que en un tiempo fué capital de la provincia.

y ahora era capitanía general. Luego la nave remontó hacia el Norte y se halló en medio de un amplio brazo de mar. Aquella vasta extensión de agua era la laguna de los Patos, ó mejor dicho, de los Ánades; se prolonga hasta más allá de Puerto Alegre, tomando el nombre de Guahuba.

La alimentan varios ríos, entre los cuales están el Guahuba, el Jacuhy, el Grevatahy, el Sinos, el Camacuam y el de San Gonzales, que une esta laguna con la de Mivin, situada en la costa del Océano, en el extremo de la provincia de San Pedro del Río Grande.

Cuando la chalupa entró en la laguna, ésta parecía desierta, y sólo se veían en lontananza algunos vaporcillos ó algunos veleros; en cambio era inmenso el número de ánades que revoloteaban, haciendo un ruido ensordecedor.

—¿Nos mantenemos alejados de la costa, Excelencia?

—Si es posible, sí; no tengo interés en que nos vean.

—¿Y adónde vamos?

—Ahora, á Puerto Alegre.

—Tardaremos en llegar.

—Pues es preciso que me encuentre allí antes de que se cierren los cafés y las fondas.

—¿Piensa pernoctar en Puerto Alegre?

—Veremos, y volviéndole la espalda á su interlocutor, se puso á contemplar la costa oriental, que se presentaba cubierta de grandes árboles, entre los cuales se distinguían algunos *jatolas* de 30 metros de altura y con un tronco que á veces llega á 10 metros de circunferencia; también se veían *cabacas*, árboles que producen frutos tan enormes que las cáscaras se utilizan como recipientes.

La noche cerró sin que Puerto Alegre apareciese á la vista; el francés comenzó á dar muestras de impaciencia por primera vez. Miraba el reloj con frecuencia, y decía:

E M I L I O S A L G A R I

—¡Más aprisa...! ¡Más aprisa...!

A las nueve el jefe de la tripulación, que aguzaba la vista, indicó á Chivry varios puntos luminosos que aparecían en la línea oscura del horizonte.

—¿Qué es aquello?

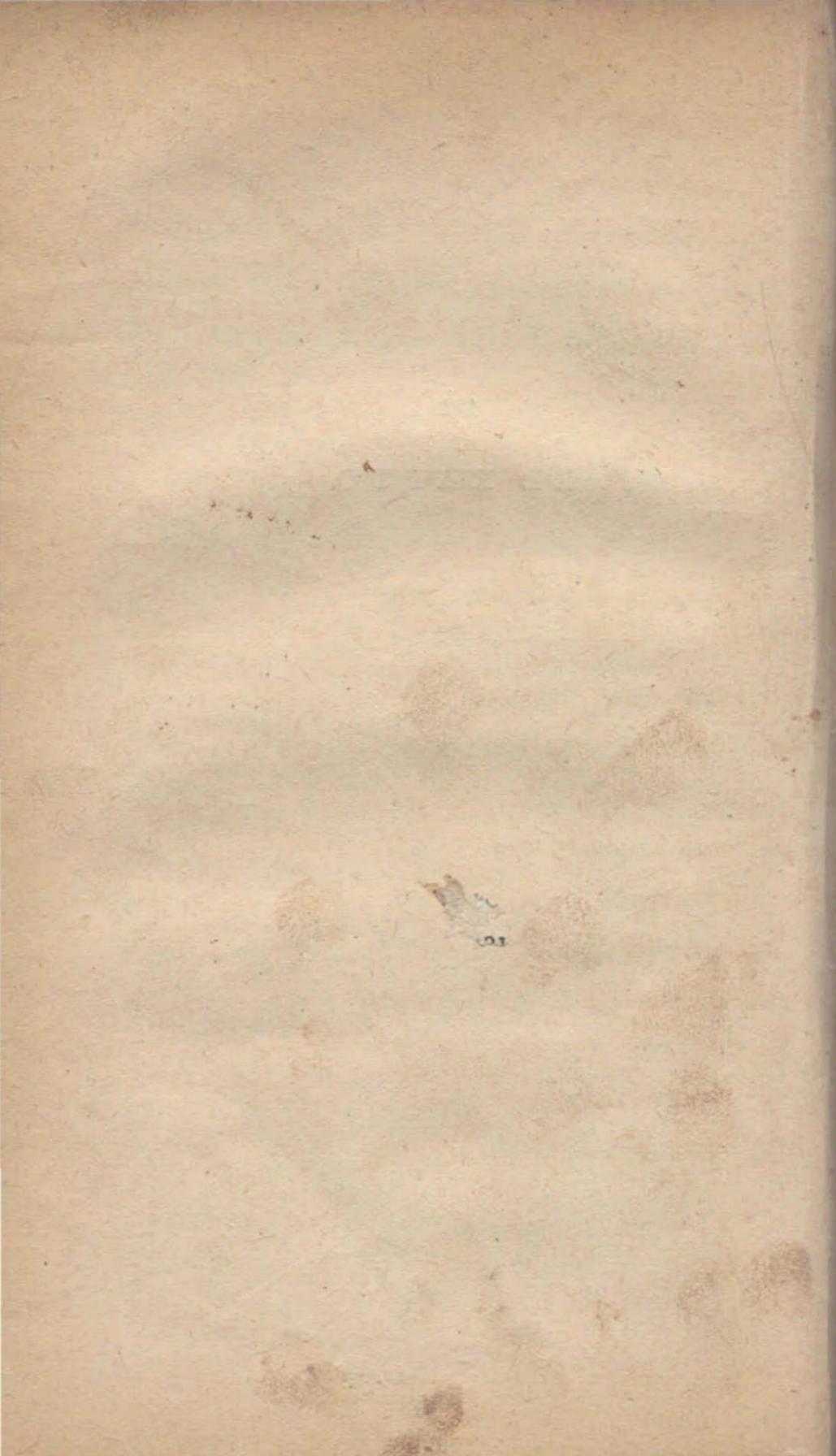
—Puerto Alegre.

El francés, dando un suspiro, murmuró:

—¡El marquesito es mío...!

III

EL RAPTO



Puerto Alegre, capital de la provincia de San Pedro de Río Grande del Sur, se halla situado al extremo de la laguna de los Ánades, en una pequeña península que se prolonga de Levante á Poniente por el río Guahuba.

Á pesar de ser una ciudad muy nueva, pues fué fundada en 1743 por una colonia de naturales de las Azores, es hoy una de las más ricas y notables del Brasil. Su población no llegaba á 30.000 almas cuando se desarrolla nuestra historia; tiene muchos edificios de importancia, varias fábricas levantadas por la colonia alemana, que es la más numerosa, un arsenal de guerra, una hermosa catedral, muchas escuelas y un puerto cómodo que puede contener muchos navíos.

Su importancia y su comercio crecen de día en día, y aún aumentarán más cuando la una el ferrocarril con su puerto natural, el de Santa Catalina.

Dirigida por el jefe, la chalupa entró á todo vapor en el puerto, y fondeó frente á la aduana, en un punto que entonces se encontraba despejado.

Chivry se aseguró de que llevaba las pistolas al cinto, y de un salto pasó á tierra; volviéndose al jefe de la tripulación, le dijo:

—Aguardad aquí; mientras tanto embarcad el carbón necesario para la vuelta.

—Puede perderse S. E., y yo conozco la ciudad.

— No iré muy lejos para averiguar lo que deseo saber.

Se envolvió en el zarape, se hundi6 hasta las cejas el sombrero, mir6 á su alrededor para orientarse y se alejó rápidamente, aventurán-

dose por una calle, en cuyo extremo brillaban aún algunas luces. Después de andar doscientos ó trescientos pasos, se detuvo ante una posada, cuyas habitaciones aparecían iluminadas.

—Probemos—dijo;—con oro nada falta—y entró en la posada, yendo á sentarse á una mesa aislada, y pidió al mozo que se le acercó una botella de vino de España.

Mientras el mozo la descorchaba, puso en la mesa una libra esterlina, diciendo:

—¿Quieres ganártela?

El mozo le miró estupefacto y dijo:

—¿Es para mí, señor?

—Sí, si sabes contestar á mis preguntas.

—Estoy á sus órdenes.

—¿Conoces los alrededores de Puerto Alegre?

—Sí, señor.

—¿Puedes decirme dónde se halla la heredad de *San Joao do Libramento*?

—Á unos siete kilómetros, casi frente al puerto, en la desembocadura del río Jacuhy.

—¿Cómo se llama su propietario?

—El marqués de Almeida, de Aranjuez y Mendoza.

—¿Está solo?

—No; vive con el marqués Iñigo de Aranjuez, tío materno suyo.

—¡Ah! ¿Conoces al marquesito?

—Algunas veces le he visto.

—¿Es guapo?

—Muy guapo.

—¿Fuerte?

—Vigoroso y arrojado.

—¡Arrojado! ¿Por qué?

—Porque se atreve con las fieras.

—¿Es cazador?

—Y valiente; se pasa las mañanas cazando en sus posesiones.

—Basta; la esterlina es tuya.

Vació su vaso de vino y salió bruscamente, dirigiéndose hacia el lugar donde dejó la chalupa, murmurando:

—Sé cuanto me hacía falta; le tenderé una emboscada.

Cuando llegó al puerto, sus hombres terminaban el aprovisionamiento de carbón; esperó á que la operación concluyera, y después saltó dentro diciéndole al jefe:

—Partamos.

—¿Para dónde?

—¿Sabes la desembocadura del río Jacuhy?

—Sí.

—Llévame allí sin pérdida de tiempo.

La chalupa se puso en marcha, cortando de través el extremo de la laguna de los Anades, ó mejor, la desembocadura del Guahuba; treinta y cinco minutos después volvía á detenerse ante la boca de un río de aguas tranquilas. X

—Ya estamos.

—¿Ves alguna casa?

—Allá abajo se ve un grupo de casas.

—¿Será la posesión de San Juan?

—Creo que sí.

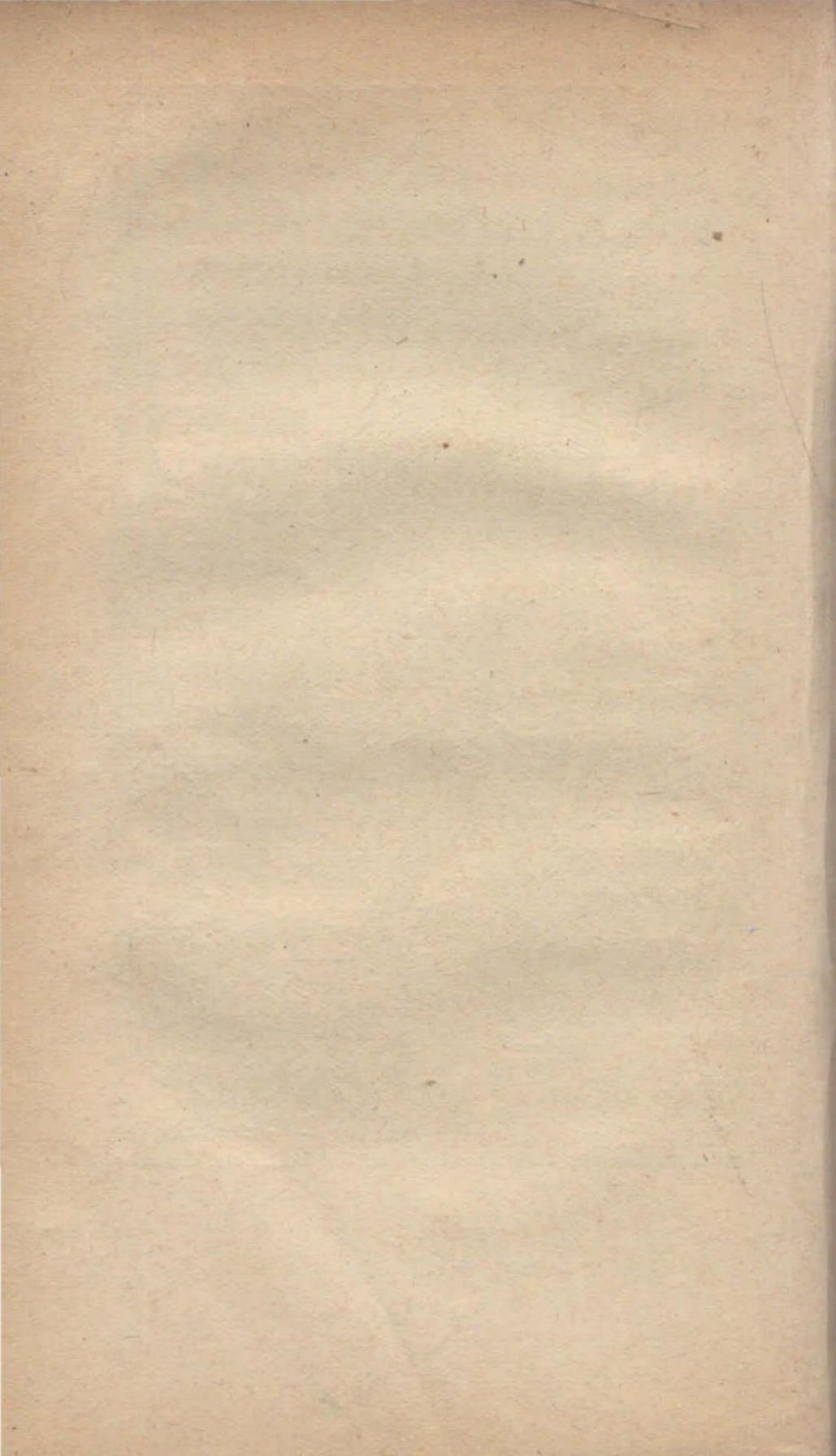
—Pues avancemos con prudencia y veámoslo.

La chalupa comenzó á recorrer el río muy despacio, mientras un marinero, colocado á proa, iba sondeando con el bichero de vez en cuando para cerciorarse de la profundidad del agua. Pronto se hallaron frente á un grupo de casas, en medio de las cuales se elevaba otra más alta, cuyas gradas descendían hasta la ribera.

Un profundo silencio reinaba en torno al caserío, y á través de las persianas no se veía luz alguna. Prestando gran atención el francés, consiguió oír un sonoro ronquido que parecía salir de un espeso macizo de *lantana camara*, arbustos que dan flores polícromas y exhalan un delicado perfume.



Cogio al muchacho en brazos y se lanzó en dirección del río, diciendo:



—¿Oyes?

—Oigo un hombre que ronca.

—¿Será algún esclavo de la hacienda?

—Debe de ser.

—Ve á despertarle.

—¿No se asustará?

—Me parece que no somos unos asesinos.

El jefe acercó la chalupa á la costa y saltó á tierra; poco después reapareció trayendo sujeto por los brazos á un muchacho africano medio adormecido aún; el francés le dijo:

—Embácalo.

Aguiar empujó al negro hacia la chalupa, diciéndole con acento amenazador:

—Si gritas, te tiro al río.

La amenaza no era necesaria, pues el mozo estaba tan espantado, que ni gritar ni resistir podía.

Chivry hizo una indicación y la chalupa se separó de la orilla y anduvo quinientos metros

por el río, deteniéndose ante un islote cubierto de palmeras gigantescas.

—¿Se oye algo?

—Nada, absolutamente; el lugar parece desierto.

—Obremos, pues.

Se aproximó al joven esclavo, que se había refugiado bajo un banco y que temblaba de terror, y haciéndole salir le dijo:

—Si hablas, te daré un puñado de *reis*; si te empeñas en callar, te echaremos al agua. ¿Comprendes?

—Sí, niño—balbuceó el esclavo.

—¿Qué hacías en el bosque?

—Esperar al amo.

—¿Cuál?

—Al marquesito Almeida.

Un relámpago de alegría cruzó por los ojos del francés.

—¿Adónde ha ido?

Á caza de un yaguré que ha aparecido en un campo.

—¿Fué solo?

—Le acompaña un criado.

—¿Cuándo volverá?

—No sé.

—¿Al amanecer?

—Es posible, niño.

—¿Va á pie ó á caballo?

—Salieron á caballo, porque era largo el camino.

—¿Sabrías indicarme el terreno por donde han de pasar?

El esclavo, antes de responder, vaciló.

—Habla—dijo Chivry en tono amenazador; —lo mando.

—Conozco la senda.

—¿Y pasarán por ella?

—No hay otra.

—Me acompañarás allí.

—¿Para qué?

—Eso no te importa.

—Si desea hablarle, espérele en la hacienda.

—No puedo entretenerme.

—Puede ver á su tío el Marqués, niño.

El francés frunció el entrecejo, mostrándose contrariado por aquellas palabras.

—¿Está aquí el Marqués? — preguntó con cierta inquietud.

—Sí, niño.

—¿Duerme?

—Creo...

—Después le veré; ahora llévame á la senda, pero á un lugar que diste mucho de la hacienda.

—¿No le hará daño á mi amito?

—Sólo deseo hablarle. Vamos á la orilla, señor de Aguiar.

—¿No sería más prudente que avanzáramos otro poco?

—Tiene usted razón; dí, muchacho, ¿está cerca del río el sendero?

A poca distancia.

—Adelante y despacito.

La chalupa dejó el islote y recorrió el río con una velocidad de cinco ó seis nudos por hora, costeano la ribera derecha, que se hallaba cubierta de infinitos *sapota achras*, que son los nísperos de la América meridional y que dan una fruta exquisita, gruesa como una manzana, ovalada y de color oscuro; se veían también varias especies de palmeras, entre las cuales descollaban las espléndidas *maximiliana regiae*, las gigantescas *mauritia*, con las hojas de forma de abanico, y las gentiles *bactris*. De vez en cuando se encontraba alguno de esos árboles de tronco pesado y duro, que los brasileños llaman *paço de ferro*, porque son tan resistentes, que desafían al acero.

Manteniéndose á la sombra de la arboleda, los aventureros llegaron á una sinuosidad llena

de cañas acuáticas, entre las cuales podían esconderse; el francés mandó detener la chalupa y saltó á tierra; primero, escuchó reteniendo la respiración; luego, volviendo al jefe, exclamó:

—Desembarque usted con los cuatro mestizos; el otro blanco quedará guardando la chalupa.

—¿Llevamos armas?

—Sí, y cuerdas también.

Los cinco hombres desembarcaron, llevando con ellos al esclavo, que parecía estar más tranquilo.

—¿Dónde está la senda?

—Sígueme—repuso el africano metiéndose por entre los troncos de los árboles. Los seis aventureros le seguían con las escopetas al hombro, procurando no hacer ruido. Aún no habrían andado 200 metros, cuando el negro se detuvo, echándose al suelo.

—¿Qué pasa?—dijo Chivry levantándole por un brazo.

—Vienen.

—¿Quiénes?

—El marquesito y su criado; ¡escuchen...!

El francés prestó atención, pero no oyó más que los rumores de la fronda; se arrojó al suelo y apoyó una oreja en tierra; entonces advirtió un ligero rumor, confuso al principio y distinto luego, semejante al galope de dos caballos.

—¿Dónde está la senda?—preguntó, levantándose presa de viva emoción.

—Detrás de aquel macizo.

El francés sacó del bolsillo un puñado de monedas y se las entregó al negro, diciendo:

—Toma por tus servicios.—Luego, volviéndose á uno de los mestizos, añadió:—Este hombre nos molesta; atadlo á un árbol;—y echó á correr en dirección del sendero seguido por el jefe y los otros tres marineros.

A los pocos instantes aquellos hombres se

encontraron junto á una senda estrecha, bordeada de palmeras. El francés observó el punto por donde habían de aparecer los caminantes; la Luna, que brillaba en un cielo despejado, permitía distinguir los objetos á gran distancia, pero por la senda no se veía á nadie.

—Aún tenemos cinco ó seis minutos de tiempo—dijo Chivry, y volviéndose al jefe agregó:—¿Tira usted bien?

—¿Quiere que matemos al criado?

—No hace falta; pero conviene que caigan los caballos.

—Le advierto, Excelencia, que un tiro no basta para derribar un caballo al galope, y que la hacienda está cerca y nos podrían oír.

—Es verdad; ¿qué me aconseja?

—Tengo una idea mejor.

—Á ver.

—Pongamos una cuerda atravesando la senda; los caballos tropezarán, arrojando á los jinetes.

—Es usted más pícaro de lo que yo me imaginaba; manos á la obra.

El jefe tendió una cuerda atándola sólidamente á los troncos de dos palmeras; como la hierba del sendero estaba muy crecida, la cuerda no podía verse. Apenas terminaron la operación cuando por el fondo del paisaje aparecieron los dos jinetes; los caballos avanzaban al galope cubiertos de blanco sudor. El francés armó las pistolas diciéndoles á los hombres que se habían escondido entre las matas:

—¡Estad á punto para recoger á los jinetes, y si los caballos no caen, haced fuego.

Luego esperó anhelante, con los ojos encendidos y replegado sobre sí mismo como una fiera que aguarda á su presa. Los caballeros estaban ya á pocos pasos y animaban á las caballerías con las espuelas.

Uno de ellos era un joven hermoso y alto; el otro era un hombre de unos treinta años,

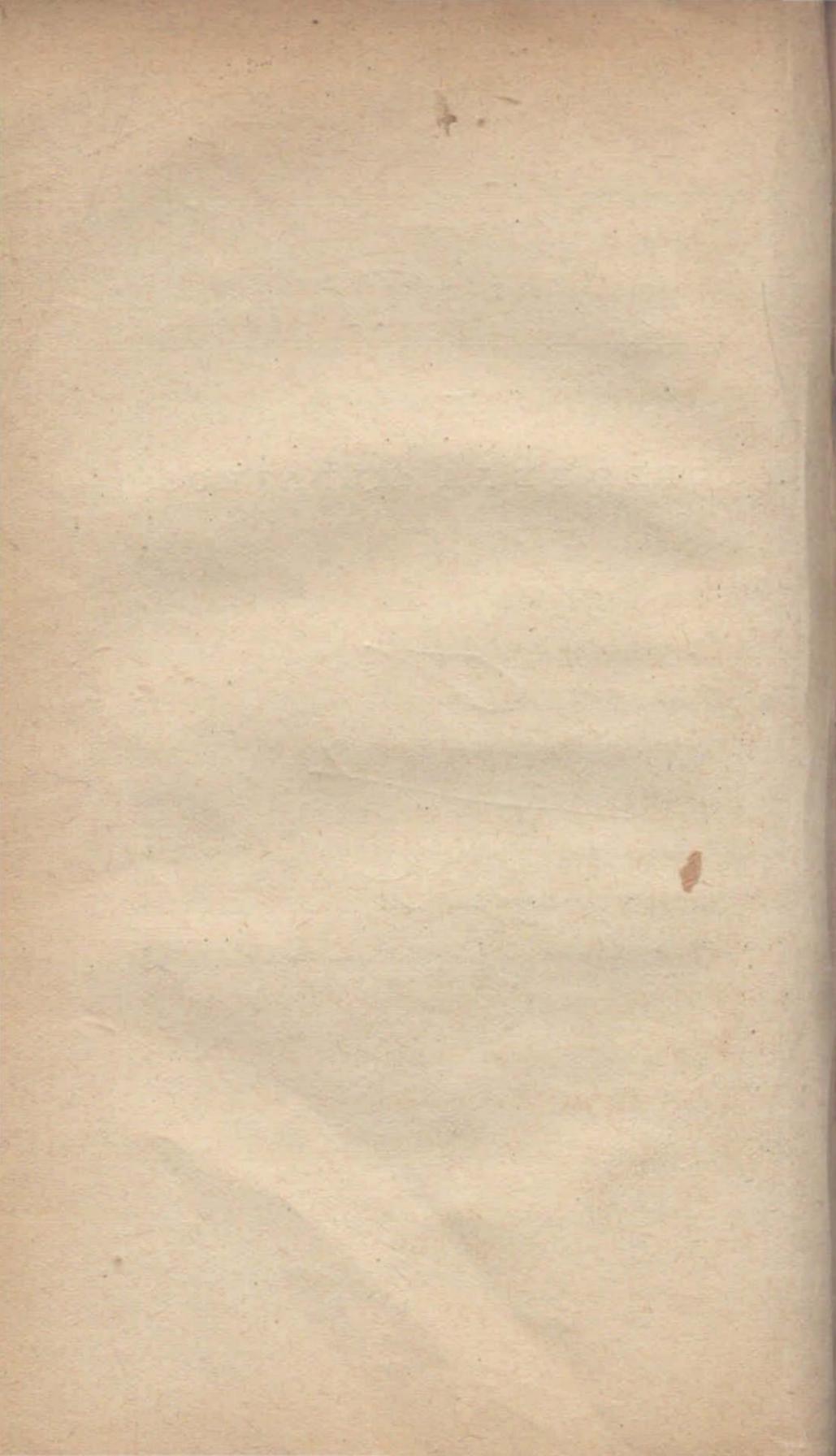
robusto y de tez bronceada. Iban armados de escopetas, pero las dejaban caer sobre el arzón convencidos de que no tenían nada que temer. De pronto los caballos cayeron al suelo pesadamente, lanzando fuera de la silla á los jinetes.

El francés y el jefe se arrojaron hacia el joven, que había quedado desvanecido por el golpe, mientras los demás se apoderaban del otro, amordazándole y ligándole con fuerza.

—Sosténgale bien—dijo Chivry al jefe, y abriéndole la boca al Marquesito, le echó en la garganta el contenido de un frasquito que sacó. Después murmuró:—Esto es hecho. — Cogió al muchacho en brazos y se lanzó en dirección del río, diciendo:—¡Seguidme! ¡Vámonos!

IV

A BORDO DE LA «ALBATROS»



La noche era oscura y amenazadora; un viento frío, de Poniente, agitaba el Atlántico, lanzando olas inmensas contra las rocas donde se yerguen los fuertes de San Juan y Santa Catalina, puertos de defensa de la bahía de Río de Janeiro.

Por el cielo corrían masas de negros vapores, y allá, hacia el lejano horizonte, se oía retumbar el trueno.

No obstante hallarse el puerto á dos pasos, una nave esbelta, con la arboladura cubierta de velas, bordeaba lentamente entre la isla Tuciña y los dos puertos, procurando no alejarse mucho del faro, que indicaba la entrada de la bahía.

Era una corbeta de mil doscientas toneladas, con la quilla estrecha y el espolón agudo; pa-

recía un barco corsario capaz de volar como una gaviota. Por las troneras aparecían las negras bocas de cuatro piezas de artillería, y sobre el castillo se veía otra más grande y más larga.

Treinta hombres, semidesnudos y descalzos, á pesar del frío, pero todos robustos, con unos brazos capaces de doblar una barra de hierro y con unas caras en las cuales se adivinaba un valor á toda prueba, permanecieron firmes dispuestos á maniobrar cuando el capitán se lo ordenara.

En la jarcia del palo mayor había dos hombres con un antejo marino; uno de ellos era aún joven, pues no aparentaba más de veintisiete ó veintiocho años, y llevaba una gorra de capitán; el otro parecía un hércules, muy alto, grueso, musculoso, con la cara cubierta de vello. A pesar del vendaval llevaban el pecho medio desnudo y la cabeza descubierta. Aquel oso lo

mismo aparentaba cuarenta y cinco que sesenta años.

De vez en cuando el joven dirigía el anteojo hacia el Sur, explorando atentamente la negra extensión del Océano; después hacía un gesto de impaciencia.

—¿Nada, capitán Núñez?—preguntó el hércules.

—Nada, maestro (1).

—¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

—Sé tanto como tú, Mumbal.

—¿Nos habremos equivocado de día?

—No, querido; la memoria me es fiel.

Hoy estamos á 14 de Abril y debe llegar esta noche.

—¿Habrá tropezado con algún obstáculo?

—Es posible.

—¿Llevaba gente de confianza y experta?

—Supongo.

(1) Piloto ó segundo de á bordo.

—¡Si hubiera escogido cuatro de los nuestros que tienen tanta práctica en estos asuntos...!

—Se lo propuse, pero no aceptó.

—¿Desconfiará de nosotros?

—No quería que supiéramos dónde estaba el Marquesito; después de todo, mejor para nosotros.

—¿Se trata de una venganza?

—Creo que sí, pero lo que no sé es quién se quiere vengar.

—¿No conoce usted á esa familia?

—De nombre sólo.

—¿Pero aquel hermano que huyó hace años y que según me indicasteis...?

—¿Qué quieres decir, Mumbal?

—¡Qué sé yo!—dijo el gigante meneando la cabeza.—¿Sabe usted dónde se halla el hermano del Marquesito?

—Nunca me he ocupado de él; además, no era hermano por parte de padre...

—Precisamente por eso, sospecho...

—¡Oh!—exclamó Núñez, poniéndose en pie.

—A lo lejos se ve un farol—exclamó Mumbal.

—Ya lo veo.

—¿Será el francés?

—¿No te parece que está muy bajo ese farol?

—Va al nivel del agua.

—No puede menos de ser la chalupa del francés—dijo el Capitán mirando con el anteojo hacia el mar, donde brillaba, entre las espesas tinieblas, un punto luminoso que surcaba el horizonte con suma rapidez.

—¡Ohé!—gritó el gigante inclinándose hacia la cubierta de la nave.—¡Virad de bordo!

—¡Caray!—exclamó Núñez bajando el anteojo. — Es una pesadez no poder observar bien; pero ese farol ó punto luminoso ó lo que sea se dirige hacia aquí.

En efecto, el español no se engañaba; el punto

luminoso se encaminaba hacia el faro, ante el cual se hallaba el barco negrero. Tras el farol se veían algunas chispas que pronto se apagaban, ó reflejos rojizos que presto se extinguían. Diez minutos después, el Capitán y el piloto distinguieron una masa oscura que hendía las olas del Océano y que maniobraba acercándose hacia la nave negrera.

—¡Ah de la chalupa!—gritó el Capitán.

—¡Ah de la nave!—repuso una voz desde el mar.—¿Perteneceís á la *Albatros*?

—Y de Cádiz, señor Chivry—dijo el capitán Núñez

—¡Una escala!

El Capitán y el piloto bajaron á la cubierta y mandaron arrojar una escala y un cable. La chalupa, que se hallaba á pocos metros, viró de bordo y vino á colocarse al costado de la nave.

—Bienvenido, señor Chivry—dijo el español.

—Gracias, señor Núñez.

—¿Trae usted el cargamento?

—Sí, pero duerme como un tronco.

—¿Hace falta una cuerda?

—No; bastan mis brazos.

El señor Chivry se cargó al hombro un cuerpo humano que parecía adormecido ó desmayado, y con una mano se agarró á la escala, llegando á la nave sin dar muestras de cansancio.

—Llévelo al camarote que le hayan reservado—dijo entregándole el cuerpo inerte al maestro, y volviéndose al jefe de la chalupa que le había seguido, añadió:—Aquí están los dos mil pesos convenidos; idos y olvidadlo todo.

—Nadie hablará, Excelencia—repuso Aguiar inclinándose profundamente.

—¡Y ahora despejad!—gritó el capitán Núñez.

Aguiar descendió apresuradamente y la embarcación desapareció en las tinieblas; el señor Chivry la siguió con la vista mientras pudo, ar-

rugando la frente varias veces; luego se volvió hacia el capitán Núñez, que parecía aguardar sus órdenes, y le dijo secamente:

—¡Partamos!

—¿Al golfo de Méjico?

—Sí.

—¡Winther!—gritó, volviéndose hacia el timonel.—¡A virar pronto! ¡Y vosotros á los aparejos!

—¿Qué rumbo?—preguntó el piloto.

—Por ahora hacia el cabo de San Roque.

La *Albatros* viró de bordo casi en el mismo sitio donde estaba, pasó á lo largo de la península que cierra por Levante la anchurosa bahía de Río de Janeiro, y divisado el cabo Firio, giró á lo largo, corriendo velozmente sobre las espumantes olas del Océano Atlántico.

El capitán Núñez miró la brújula para cerciorarse de la ruta, dió algunas órdenes al maestro y se acercó al señor Chivry, que se

había sentado sobre el cañón de caza, apoyando la frente en las manos.

—¿Qué hay, señor?—le preguntó.

—¡Ah! ¿Es usted, Capitán?—repuso levantando la cabeza y mirando á Núñez con aire distraído.

—¿Está usted satisfecho?

—Mucho.

—¿Le ha salido bien lo que pretendía?

—Mejor no era posible.

—¿Es el Marquesito?

—No me cabe duda.

—¿Nos perseguirán?

—No creo; no me vió nadie salir de la laguna de los Ánades ni subir á esta nave.

—¿Y los criados del Marqués?

—Cuando pudieron darse cuenta de la desaparición estábamos nosotros muy lejos; estoy seguro de que nos buscan y de que á estas horas anda revuelta toda la policía de Puerto Alegre;

pero nadie conoce al raptor ni tiene la menor sospecha de quién pueda ser.

—¿Y los que le ayudaron?

—No hablarán; están interesados en que no se sepa nada.

El Capitán no repuso; meditaba sin duda; después, moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros, dijo:

—¡Bah! Si nos siguen, peor para ellos; llevo gente resuelta y buenos cañones.

—¿Le sabe á usted mal haberse metido en esta aventura?

—No, señor Chivry. He hecho un buen negocio, y me alegro de ello.

—¿Cuánto tardaremos en llegar á nuestro destino?

—Dentro de un mes pienso colcolar al Marquesito en las orillas de la laguna de la Madre, á menos que nos lo impidan causas imprevistas. Ya sabe usted que nunca

puede asegurarse cuándo va á llegar uno al puerto.

—Lo sé.

—¿Le espera á usted alguien en la desembocadura del Río San Fernando?

—Cuatro indios.

—¡Cuatro indios! ¿Qué tienen que ver los pieles-rojas con el hijo de la marquesa de Aranjuez y Mendoza?

—Lo ignoro, y es muy posible que no lo sepa nunca; un amigo mío, cazador de las praderas, me encargó el rapto, pero no me dijo el motivo.

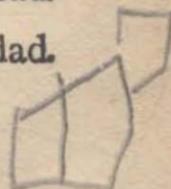
—No soy curioso, señor Chivry—dijo el español sonriendo.—Pero, dígame: ¿hay que vigilar al Marquesito?

—Es necesario.

—¿En su camarote?

—Sí; pues ese muchacho es capaz de cualquier cosa en cuanto se le conceda un poco de libertad.

—¡Un mes en el camarote! Es una crueldad.



—Tengo que conducirlo necesariamente al Río San Fernando—dijo el francés marcando bien las palabras—¿Comprende usted? *¡Necesariamente!*

—Se rebelará.

—Le ataremos si hace falta.

—Según parece, tiene usted amplios poderes. El francés no contestó, pero hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Y quién le dió esos poderes?

—El cazador. ¿Es resistente la puerta del camarote?

—Sólo con un hacha podría derribarse.

—¿Adónde da la porta?

—Al mar.

—¿Es ancha?

—Un poco más que una tronera.

—¿No podrá arrojarse al mar el muchacho?

—¡Bah! Creo que no tendrá interés en ahogarse ó en que se lo coman los peces.

—Venga usted—dijo Chivry levantándose.

—¿Adónde me lleva usted?

—Á ver al Marquesito.

—¿Estará durmiendo todavía?

—Hasta mañana por la mañana.

—¿Le ha dado usted algo?

—Un poderoso narcótico.

—Vamos, señor Chivry.

Dejaron el puente del velero y bajaron al cuadro de popa, que el maestro había iluminado.

El negrero atravesó el salón, que estaba amueblado con cierto gusto y adornado con multitud de armas, entre las cuales se veían algunas trompas, magníficas carabinas de la India con arabescos, y cimitarras de hojas anchas y aceradas; después se detuvo ante una puerta cerrada con gruesos candados, y escuchó:

—Duerme—dijo volviéndose hacia el francés, que le había seguido en silencio.

—Lo creo; le dí la tercera dosis de narcótico ayer por la mañana.

—¿Y no le hará daño?

—¡Cá! Es muy fuerte.

El capitán Núñez abrió los candados y penetraron en un camarote bastante cómodo, con una tronera que daba á popa, y amueblado con una cama, una mesa y varias sillas.

El francés miró á todas partes para asegurarse de que no había armas; después dirigió sus miradas hacia el lecho, donde yacía el joven Marqués.

Era un joven de diez y seis ó diez y siete años, guapo, más bien alto que otra cosa, arrogante, robusto.

Á primera vista se divinaba que además de poseer una agilidad extraordinaria, el Marquésito se hallaba dotado de una fuerza superior á la de los jóvenes de su edad.

Tenía la tez ligeramente bronceada y una

cabellera negra como el ébano, los labios encarnados, el arco de las cejas dibujado admirablemente y la frente espaciosa. Aunque dormía á pierna suelta, demostraba en su conjunto una energía y un valor tan manifiesto, que el capitán Núñez no pudo menos de asombrarse.

—¡Caramba! ¡Guapo mozo!—exclamó.—Temo que nos va á dar mucho que hacer.

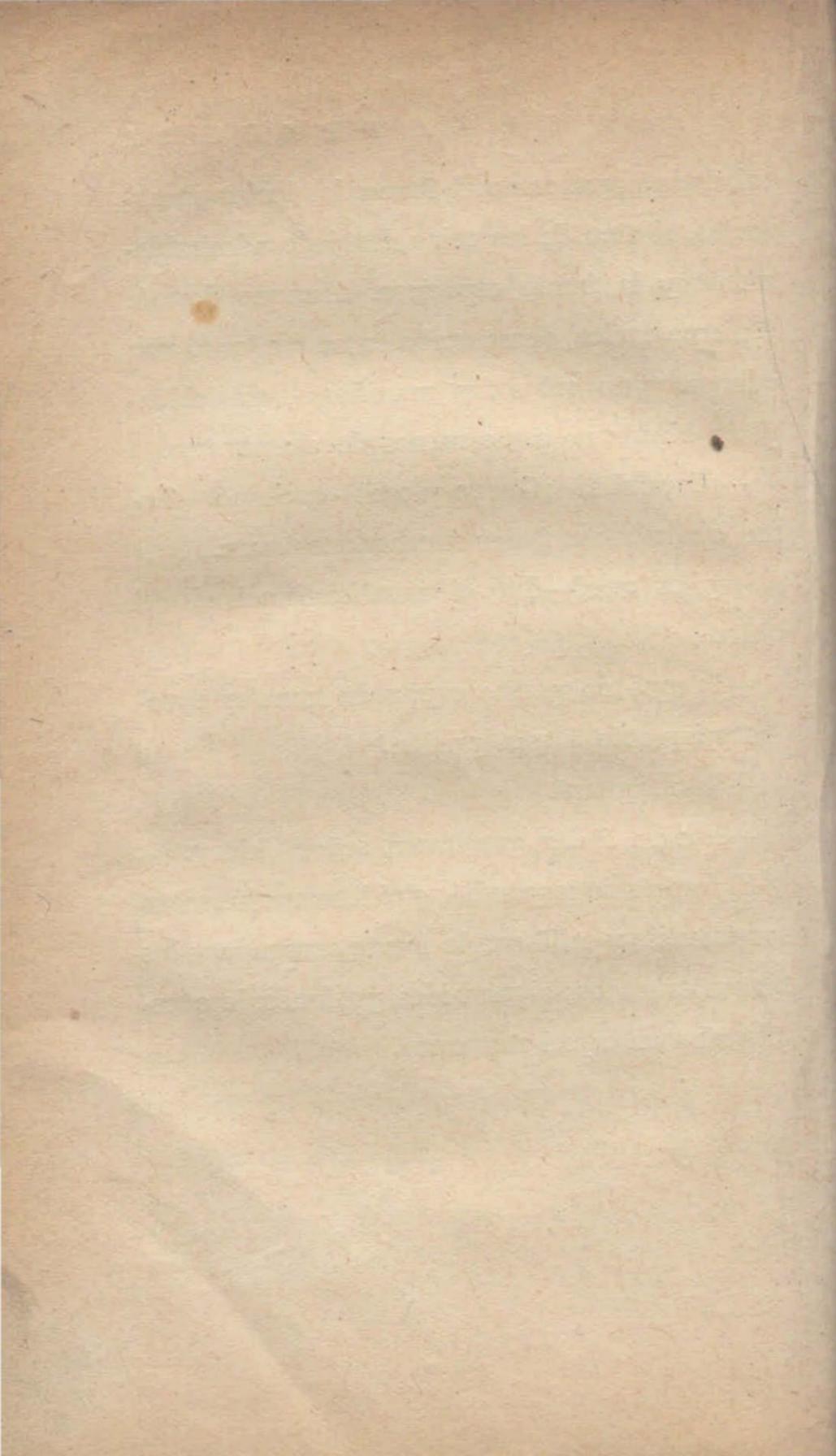
—¿Por qué?—dijo el francés frunciendo el ceño.

—Porque no parece capaz de someterse voluntariamente á esta prisión.

—Se resignará.

—Nos va á dar que hacer, señor Chivry.

El francés no respondió; giró lentamente sobre sus talones, y salió con la frente arrugada y los brazos cruzados; alguna idea profunda le atormentaba en aquel momento.



V

EL MARQUESITO ALMEIDA

La *Albatros*, favorecida durante toda la noche por un viento Levante fresquísimo, navegó con rumbo Norte con una rapidez que no bajaría de 16 millas por hora, á pesar de que el Océano Atlántico se veía cruzado por olas inmensas.

La tripulación, interesada en abandonar las costas brasileñas para que los parientes del muchacho perdiesen su pista y las autoridades del Brasil no les dieran alcance, permaneció sobre cubierta prevenida para cuanto hiciese falta; varios hombres subieron á los palos más elevados para ver si los seguía alguna nave.

Ni el capitán Núñez, que había tomado un sin fin de precauciones para salir de la bahía sin que nadie lo advirtiese, quiso tampoco

descender á su camarote, pues quería ver por sus propios ojos cuanto sucediese; en cambio, el francés se retiró á eso de la media noche, y no se dejó ver hasta que amaneció.

¿Se retiró á su camarote ó pasó la noche en vela ante el del Marqués? Nadie pudo averiguarlo.

Á la una de la madrugada hubo á bordo una falsa alarma, que inquietó á la tripulación. Á lo lejos se distinguieron dos puntos luminosos que al principio se dirigían hacia el Norte, y entre la tripulación corrió la voz de que el Gobierno brasileño enviaba aquella nave en persecución de la *Albatros*; pero no tardaron en convencerse de que se habían engañado, pues las luces cambiaron de rumbo, desapareciendo por Levante.

Al alba, la *Albatros*, que volaba como el ave cuyo nombre llevaba, se hallaba ya á 102 millas de Río de Janeiro; la costa brasileña había desaparecido tras las masas de vapores que se acu-

mulaban hacia Poniente, y el Océano aparecía desierto.

Núñez, que aún no se consideraba seguro, para despistar á los perseguidores, en el caso de que éstos dirigiesen sus pesquisas por el mar, lanzó la nave hacia el Este para alejarla varios centenares de millas de la costa brasileña, convencido de encontrar una corriente de viento que le condujese fácilmente al golfo de Méjico y poder utilizar la del *Gulf Stream*, que sube hacia las Antillas.

Pensaba retirarse á su camarote para descansar un poco, cuando topó de manos á boca con el señor Chivry, que parecía subir del interior.

—Buenos días—dijo el español.—¿Cómo sigue el preso?

—Dentro de poco se despertará.

—¿Ha dado señales?

—Sí: comienza á mover los miembros y la respiración es más libre.

—¿Presenciamos su despertar?

—Es preciso.

—¿Cómo aceptará la prisión?

—Después se lo diré; venga usted, Capitán.

Iban ya á descender cuando el francés se detuvo bruscamente y preguntó:

—¿Ha pasado algo durante la noche?

—Nada—repuso Núñez:

—¿No se ha visto ninguna nave?

—No, y creo que ya no hay peligro.

—Puede que el tío del Marquesito haya desistido; mejor: algún día lo sabrá y acaso no se arrepienta del rapto.

—¿Por qué, señor Chivry?

—No me interrogue y deje al río que corra por su cauce. Vamos á ver al preso.

Bajoran al cuadro de popa y entraron en el camarote. El marquesito Almeida dormía aún, pero se veía que el sueño iba á cesar; su rostro había recobrado sus colores, la respiración era

más natural y franca, los párpados comenzaban á agitarse como fatigados de estar caídos, y los miembros experimentaban sacudidas más fuertes cada vez.

El francés se acercó, le introdujo entre los dientes la punta del cuchillo español que llevaba siempre en la faja y le vertió en la boca algunas gotas de rom.

El Marquesito tembló convulsivamente como si le hubieran tocado con una pila eléctrica; levantó los párpados, fijando en el francés sus ojos negros, aterciopelados y de miradas ardientes. Miró al desconocido, y con un brusco movimiento se sentó en la cama diciendo:

—¿Dónde estoy?

Volvió á clavar la mirada en el señor Chivry, que estaba ante él con los brazos cruzados y sin decir una palabra. Elevó los ojos sobre el Capitán, y después miró á su alrededor.

—¿Dónde estoy?—preguntó arrugando la frente, mientras por sus ojos atravesaba un rayo de ira.

—En una nave que va al golfo de Méjico, señor Marqués—repuso Chivry con voz tranquila.

—¡En una nave!—exclamó el joven en el colmo del estupor.—¿Quién es usted?

—El barón Renato de Chivry, y este señor, el capitán Núñez, comandante de la corbeta *Albatros*.

—¿Y cómo me encuentro aquí cuando ayer por la tarde estaba en la hacienda del Río Jacuhy?

—¡Ayer por la tarde!—dijo el Barón con ironía.—¡Se equivoca usted, Marqués! ¡Hace cuatro días!

Almeida le miró asombrado, y en algunos instantes no pudo pronunciar una palabra. Luego, golpeándose la frente, dijo:

—¡Ah!, ahora recuerdo... volvía de caza... sí; mi caballo cayó al suelo... yo caí también como muerto... ¡Pero después...! Diga usted, caballero, ¿qué ocurrió después?

—Unos hombres que se habían emboscado junto á la senda le prendieron, le ataron, le dieron un poderoso narcótico y le traspitaron á bordo de la *Albatros*. ¿Está usted satisfecho?

—¿Quiénes eran aquellos hombres?—preguntó el Marquesito con furia.

—¿Qué le importa á usted?

—¿Y por qué estoy á bordo de este barco?

—Lo ignorará usted hasta que desembarque.

—¡Hasta que desembarque! ¿Pero adónde me llevan?

—Al golfo de Méjico; y si quiere usted saber más, le diré que desembarcará en el Río San Fernando, en la laguna de la Madre.

—No tengo nada que hacer allí.

—Pues yo le aseguro que allí hay quien le aguarda.

—¡Ah! ¡Sueño, ó es que está usted loco! —exclamó el Marqués apretando los puños y saltando del lecho.—Esta farsa dura demasiado, señor Barón, y mi paciencia tiene límites...

—¿Y qué?—preguntó Chivry con calma.

—Que me dejen en libertad ó...

—¿Qué va usted á hacer?

—Salir de aquí mal que les pese y llamaré á los tripulantes.

—¡Pruebe! Pero le advierto que sobre cubierta hay 30 hombres dispuestos á encerrarle otra vez.

—¿Estoy en un barco pirata?—preguntó el joven.—¿Qué van á hacer conmigo? ¡Cuidado! Pertenezco á una familia que podría hacerles pagar cara su osadía.

El Barón se encogió de hombros y dijo:

—No somos pirates: cumplo una orden reci-

bida; usted cree que abrigamos malas intenciones, que pensamos retenerle secuestrado con la esperanza de que algún día su familia le rescate por precio fabuloso. Pues se equivoca usted. Le llevaremos al lugar indicado, donde le aguarda una persona; después nosotros no le volveremos á ver. Yo mismo ignoro los motivos que me arrastraron á raptarle, pero puede que algún día los conozca usted, y entonces no maldiga del barón de Chivry. ¿Quiere que le dé un consejo? Esté usted tranquilo, no oponga resistencia, no piense en la fuga, que es imposible, y no le haremos daño alguno. Pero le advierto que si atenta contra la seguridad de la nave ó de la tripulación me veré obligado á atarle hasta el término del viaje. ¿Me comprende? No puedo decirle más, señor Marqués.

Almeida, por toda respuesta, se arrojó sobre él gritando:—¡Mientes, pirata...!

El señor Chivry, ante aquel apóstrofe pali-
deció, se echó atrás, y su mano fué involuntaria-
mente en busca del cuchillo; pero se rehizo
con un esfuerzo prodigioso, y dijo con voz
que parecía tranquila: — Hace usted mal en no
creerme, señor Marqués.

—Si no es usted un pirata, lléveme á mi
hacienda—repuso el joven.

—¡Nunca!

—Fije el precio de mi libertad—dijo el
Marqués con insultante ironía.

—No me pertenece usted, ni sabría qué hacer
con su dinero.

—¿Y si le diera toda mi fortuna?

—¡Caray!—murmuró el Capitán, que hasta
entonces no había abierto la boca.—¡Qué
negocio iba á hacer si fuera mío este joven-
zuelo!

—¡No!—repuso el Barón.—¡Es inútil!, no
me ha de sobornar, señor Marqués!

—Pero, ¿quién es usted?

—Un hombre que no traiciona á la amistad y que sabe cumplir sus juramentos.

—Por lo menos, dígame quién es el que me espera, y qué piensa hacer conmigo.

—No lo sé—repuso el Barón con acento resuelto.

—¡No!—exclamó Almeida con ira reconcentrada.—Algún día seré libre y recurriré á las autoridades brasileñas.

—Hágalo así.

—Y le colgarán á usted.

—Puede que no viva ya ó esté tan lejos, que no puedan alcanzarme.

—Sublevaré esta maldita nave.

—Pruebe.

—La barrenaré ó le prenderé fuego.

—¡Qué locura!

—Le juro que me vengaré—gritó el Marqués, irritado por la calma del Barón.—Lo juro por mi honor.

—Como guste. Pero le repito que hay sobre cubierta 30 hombres resueltos á impedir cuanto usted intente, y que las costas del Brasil están muy distantes. Hasta la vista, señor Marqués, y procure tranquilizarse.

Dicho esto, Chivry salió de la estancia seguido del Capitán y cerraron tras ellos la puerta con los candados. El Marquesito no impidió la salida de sus visitantes; parecía anonadado por la sorpresa; quedó inmóvil, con la mirada clavada en la puerta; luego dijo:

—¿Sueño ó estoy loco? ¿Preso en esta nave y en poder de esos hombres á quienes no conozco? ¿Por qué? ¿Quiénes son? ¿Piratas ó raptores de hombres? ¿Y me llevan al golfo de Méjico y me espera una persona? ¿Qué trama será ésta?

Se detuvo mirando distraídamente en torno suyo; después añadió:

—¡Un hombre me espera! ¿Quién será?

¿Será una mentira para tranquilizarme? ¡Y esperan que me resigne á la prisión y que los siga hasta el Golfo! ¡Miserables!

Calló por segunda vez, como si de pronto se le hubiese ocurrido una idea.

—¿Querrán hacerme desaparecer para posesionarse de mis fincas, creyéndome aún inmensamente rico? ¿Habría urdido esta conjura algún pariente mío á quien no conozco? Pero ¿y quién? ¿Mi tío, que me adora y que me cuida tanto? No, él no... ¡Ah, me voy á volver loco! No, piratas, miserables... No; Almeida no es un niño y sabrá destruir vuestros planes. ¿Me creéis en vuestro poder? No, no me dejaré conducir al golfo de Méjico; aunque tuviera que prender fuego á la nave que me lleva, aunque tuviese que barrenarla, sabré burlar vuestros proyectos.

Después tuvo un acceso de furor; se arrojó contra la puerta queriendo derribarla, pero

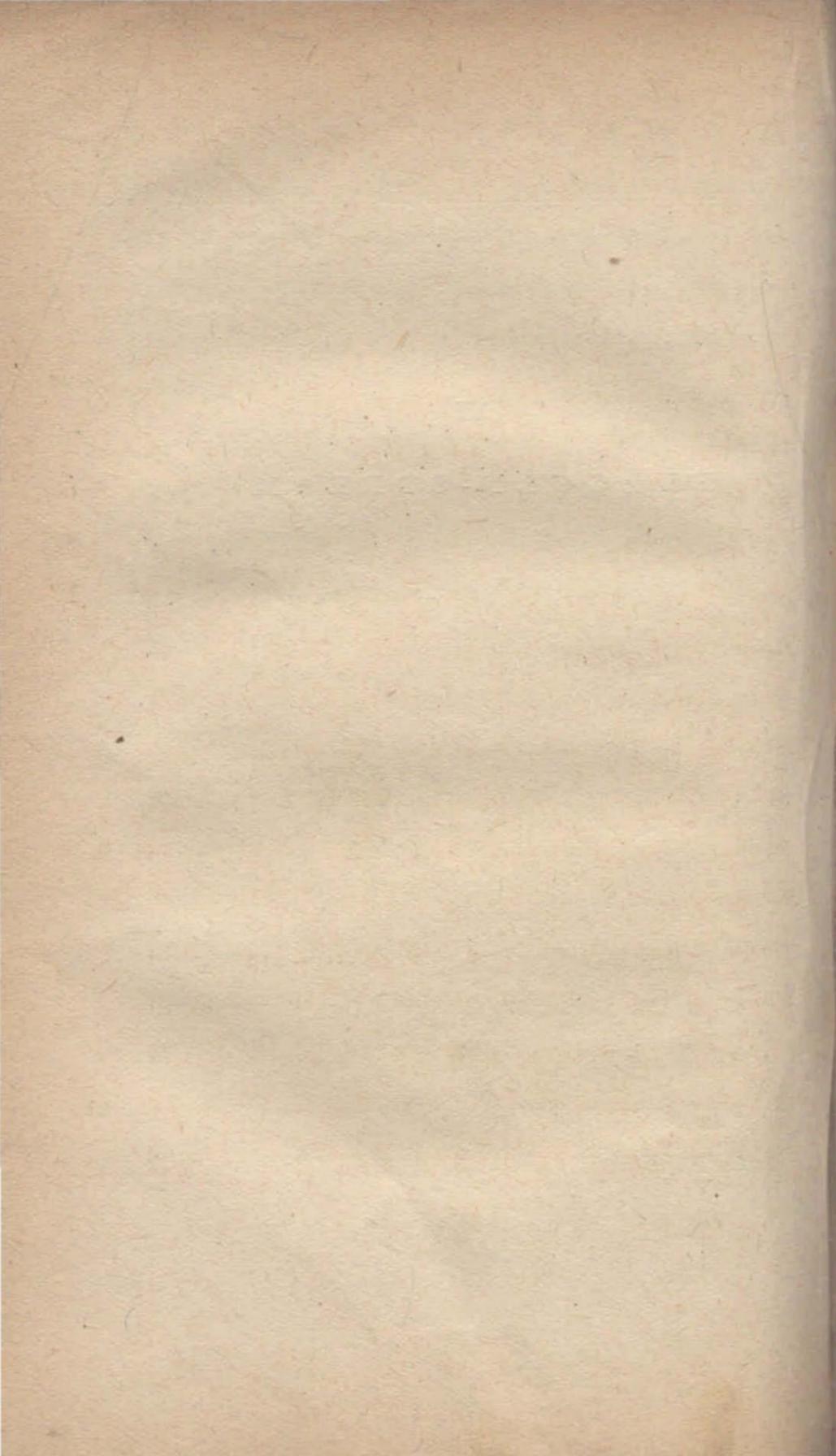
ni siquiera la conmovió; se dirigió á la porta con objeto de trepar por el exterior hasta la banda y presentarse en el castillo; pero la distancia era tal, que no hubiera conseguido su propósito.

—¡Bah!—dijo calmándose y hasta avergonzándose de aquel inútil acceso de furor.—
¡Ya nos veremos, señor Chivry! Aguardo á que aparezca una nave en el horizonte y te haré colgar.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

VI

EL «GULF-STREAM»



Aun cuando hacia la costa brasileña seguían condensándose grandes masas de vapores, el tiempo se mantenía favorable para la navegación.

La *Albatros*, después de haberse alejado considerablemente de la costa más vecina para despistar á los perseguidores en el caso en que el Marqués hubiera dirigido sus pesquisas por aquella parte, puso la proa al Norte para llegar al cabo de San Roque, que avanza hacia el Atlántico, sobresaliendo más que ningún otro punto de la costa de la América meridional. Nada había alterado la tranquilidad reinante á bordo de la nave negrera, tras el violento diálogo del marquesito de Almeida con el barón de Chivry. El joven que al pronto amenazó tanto y que parecía dispuesto á rebelarse

contra todo, se había calmado y resignado á la prisión forzosa.

Permanecía tranquilo en su camarote y se pasaba el día contemplando el Océano á través de la tronera y fantaseando; recibía con amabilidad al gigante Mumbal, encargado de la limpieza de su camarote y de la comida; algunas veces cambiaba con él dos ó tres palabras, interrogándole sobre el rumbo de la nave, sobre las costumbres marinas; ¡ay si el Barón se presentaba en la puerta del camarote!

Entonces aquella calma, más aparente que real, se convertía como por encantamiento en un rapto de furor irrefrenable y que parecía enloquecerle; dos veces se echó sobre él para estrangularle, y los marineros le habían arrancado de sus manos con muchas fatigas. Por este motivo el Barón renunció á visitar al intratable prisionero, y lo mismo hizo el Capitán, que tampoco contaba con sus simpatías. El

EL REY DE LA PRADERA

señor Chivry por fca contrariado por aquel brutal recibimiento, y más de una vez estuvo á punto de bajar al camarote del prisionero para darle explicaciones, pero se dominaba repitiendo:

—¡Tal vez llegue un día en que no me odie!

La *Albatros*, que se hallaba ya á pocas leguas del cabo San Roque, entraba el 20 de Abril en las grandes corrientes ecuatoriales, cuyas aguas, más azules que las del Océano, se distinguían perfectamente; esta corriente, que se deriva de las del cabo de Buena Esperanza, atraviesa el Océano Atlántico de Este á Oeste, y al llegar á los 30 grados del Meridiano se divide en dos ramales distintos. El que se dirige hacia el Sur lame las costas del Brasil y se pierde en la desembocadura del Río de la Plata; el otro, que es el más importante, sube hacia las Antillas y se vierte en el golfo de Méjico, formando la gran corriente llamada *Gulf-Stream* ó Corriente del Golfo.

Es la mayor, la más rápida, la más maravillosa de cuantas surcan los mares de nuestro globo. Es un verdadero río, pero un río inmenso que corre por en medio del Océano Atlántico más rápido que el Amazonas, más impetuoso que el Mississipí, y tan gigantesco, que, unidas las masas de estos dos ríos, no representarían más que la milésima parte de las aguas que él arrastra. En el Golfo adquiere mayor velocidad; gira primero en torno del mar de las Antillas, costea la Florida, el promontorio de Nueva Jersey, se extiende por el Atlántico recorriéndolo hasta la isla de Terranova; luego se desvía hacia Levante, atraviesa el Océano, refrenándose algo, toca en las costas occidentales de Europa, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Noruega, y se pierde por las islas de Spitzberg, después de recorrer más de mil leguas.

El señor Chivry, que se pasó casi todo el día sobre cubierta oyendo anunciar la proximidad

de la corriente ecuatorial, subió al castillo de proa para observarla mejor en compañía del capitán Núñez, que había ordenado que dirigieran la nave hacia aquel extraño río, que tenía por cauce y por orillas las aguas del Océano, y de cuya velocidad pensaba aprovecharse para llegar antes al archipiélago de las Antillas.

—¿Le ve usted?—le preguntó al Barón.

—Perfectamente—repuso Chivry.—Las aguas se destacan sobre las del Océano.

—Es de suma eficacia para las naves que van del Golfo; me sirvo de ella siempre que dejo las costas africanas para venir al Brasil ó para encaminarme á Cuba.

—Lo creo; ¿qué velocidad tendrá?

—Cerca del cabo de Buena Esperanza recorre unos cuatro kilómetros por hora, pero luego, á medida que se interna en el Atlántico, pierde su velocidad y la recobra todavía más rápida en el golfo de Méjico.

—¿Y entonces se llama *Gulf-Stream*?

—Sí, señor.

—¿Y cuál cree usted que es la causa de esta corriente?

—Todo un sistema de movimientos oceánicos.

—No comprendo, Capitán.

—Me explicaré, señor Chivry. Antiguamente se creía que las corrientes, y en particular la del *Gulf-Stream*, las motivaban las corrientes de los ríos. Se decía, por ejemplo, que la del golfo de Méjico era producida por las aguas del Missisipi, suposición muy gratuita, pues no es posible admitir que un río tenga tanta fuerza que logre abrirse camino por el mar en una extensión tan considerable.

Sin embargo, Franklin supuso que la del Golfo la originaban los vientos alizos del Noroeste que, según él, debían acumular el agua del Océano en el Golfo, obligándola á salir por la otra parte, ó sea por el canal de

Bahama; pero estudios más detenidos han esclarecido las causas que motivan estas corrientes.

Las regiones de los Océanos que se hallan más próximas al Ecuador, gracias á la evaporación á que están sujetas por el calor del Sol, pierden en su superficie una parte de su gravedad; ¿y qué ocurre?

—Un desequilibrio.

—Justo. El Océano sufre un desequilibrio, pero queda compensado todo por las corrientes polares, las cuales, arrastrando consigo aguas más frías y densas, ocupan los espacios abandonados por las aguas aligeradas por la evaporación y el calentamiento. Estas corrientes polares van perpendicularmente al Ecuador, pero antes de ocupar aquellos huecos, su movimiento inicial es alterado por la influencia de la rotación diurna de la tierra, que las obliga á tomar una dirección oblicua; esta perturbación continua

de las aguas ecuatoriales forma la corriente del *Gulf-Stream*.

—¿Es muy ancha?

—Á la salida del Golfo tiene una anchura de sesenta y cuatro kilómetros, á la altura de Charleston llega á doscientos cuarenta, y en otros puntos, hasta los quinientos y más.

—¿Esas aguas son frías ó calientes?— preguntó el Barón, que prestaba mucho cuidado á las explicaciones.

—Calientes; el total de calor esparcido en un solo día en las regiones que estas aguas recorren es tal, que, si se pudiera desarrollar en un momento dado, sería capaz de llevar á la temperatura del hierro fundido la columna atmosférica que gravita sobre toda la corriente. Pero no conserva siempre la misma temperatura, pues á medida que se aleja del Ecuador se va enfriando; si no me engaño, en Sandy-Hok su temperatura es de 23° centigrados en la

EL REY DE LA PRADERA

superficie y de 18° á 20° á la profundidad de 200 metros, y de 2° á 4° á la profundidad de 600, mientras en las costas europeas no tiene más que 18° en la superficie y 3° á 250 metros de profundidad.

—¿Y cree usted que esta corriente es útil ó perjudicial? Me han dicho que las grandes nieblas, tan peligrosas para las naves que van á Terranova, son causadas por el *Gulf-Stream*.

—Es verdad; las aguas calidas de la corriente, al encontrarse con las frías, que bajan á lo largo de las costas del Labrador, producen nieblas espesísimas, muy peligrosas para las naves; pero seguramente, si no fuera por ella, ni Inglaterra ni las regiones del Noroeste de Europa gozarían de un clima relativamente benigno; su clima lo deben á la benéfica influencia de las aguas de la corriente.

—Y esta corriente ¿no es peligrosa en los huracanes?

—Cuando el huracán se desencadena, todas lo son; entonces, entre la corriente y el mar circundante se entabla una lucha horrible, cuya influencia deben evitar los navíos.

Recuerdo que una vez el *Gulf-Stream*, empujado por el viento, se replegó contra la desembocadura del río Bahama, el cual, no pudiendo descargar sus aguas, subió más de 30 pies; en otra ocasión, en 1780, la corriente, conmovida por un terrible huracán, se salió de su lecho, rompiendo las aguas del Océano que formaban sus orillas y revolviéndose impetuosamente contra las Antillas, causaron daños enormes, anegando los campos y haciendo ahogarse cerca de 20.000 personas.

—¡Qué horrible debió de ser esa catástrofe!

—¡Ya lo creo!

En aquel instante, hacia Poniente, apareció un punto oscuro que se destacaba sobre la superficie azul del mar; era el cabo de San Roque,

EL REY DE LA PRADERA

uno de los más salientes de la América meridional.

El Capitán, después de fijar la posición, lanzó la *Albatros* hacia el Noroeste, para recorrer la costa americana que se repliega hacia Levante hasta cerca del Amazonas, con objeto de tomar luego la dirección septentrional hasta el cabo de Orange.

Aquel día, por primera vez, vieron revolotear cerca de la nave los *rincopos*, pájaros, por lo general, que se encuentran en el mar de las Antillas, pero que frecuentemente se aventuran hasta las costas septentrionales de la América del Sur, alargándose á veces hasta las playas del Brasil.

Estos volátiles son grandes destructores de peces; recorren sin descanso el mar, manteniéndose á flor de agua; tienen el pico aplastado y formado de dos mandíbulas superpuestas como las hojas de una tijera, aunque la superior

es más corta que la otra. Cuando pescan, se deslizan rápidamente sobre el mar, sumergiendo solo la mandíbula más larga, y en cuanto dan con un pez cierran el pico y de un golpe se tragan la presa.

El señor Chivry, que comenzaba á cansarse de los alimentos salados de á bordo y que deseaba comer carne fresca, hizo que le trajeran sobre cubierta una escopeta, y mató varias aves en el momento en que pasaban sobre el barco. Más tarde se convenció de que aquella carne fresca, que sabía á pescado y á aceite rancio, á pesar de las salsas picantes con que el cocinero la preparó, no valía gran cosa.

Al día siguiente el tiempo, hasta entonces favorable, mostró tendencia á cambiar. La violencia del viento aumentó, obligando á la tripulación á poner estays en las velas bajas y á recoger las velas mayores; el Océano prin-

cipió á agitarse cubriéndose de blanca espuma y empujando fuertemente al velero.

De dos en dos horas caía un aguacero que obligaba al señor Chivry á permanecer bajo cubierta.

Al anoecer vieron hacia Levante una luz que parecía dirigirse á Europa; mostróse un momento en el horizonte y desapareció en las tinieblas, que comenzaban á envolver el mar con aquella rapidez propia de las regiones ecuatoriales.

La noche fué mala. Ráfagas violentísimas azotaron el Océano, levantándolo á gran altura; algunas montañas de agua llegaron á asaltar á la Albatros, mojando la cubierta y aterrorizando á los marineros que estaban de guardia.

El Capitán, que no había abandonado el puente, se vió precisado á mandar cerrar las portas y asegurar los cañones.

Mumbal, que estaba encargado de vigilar

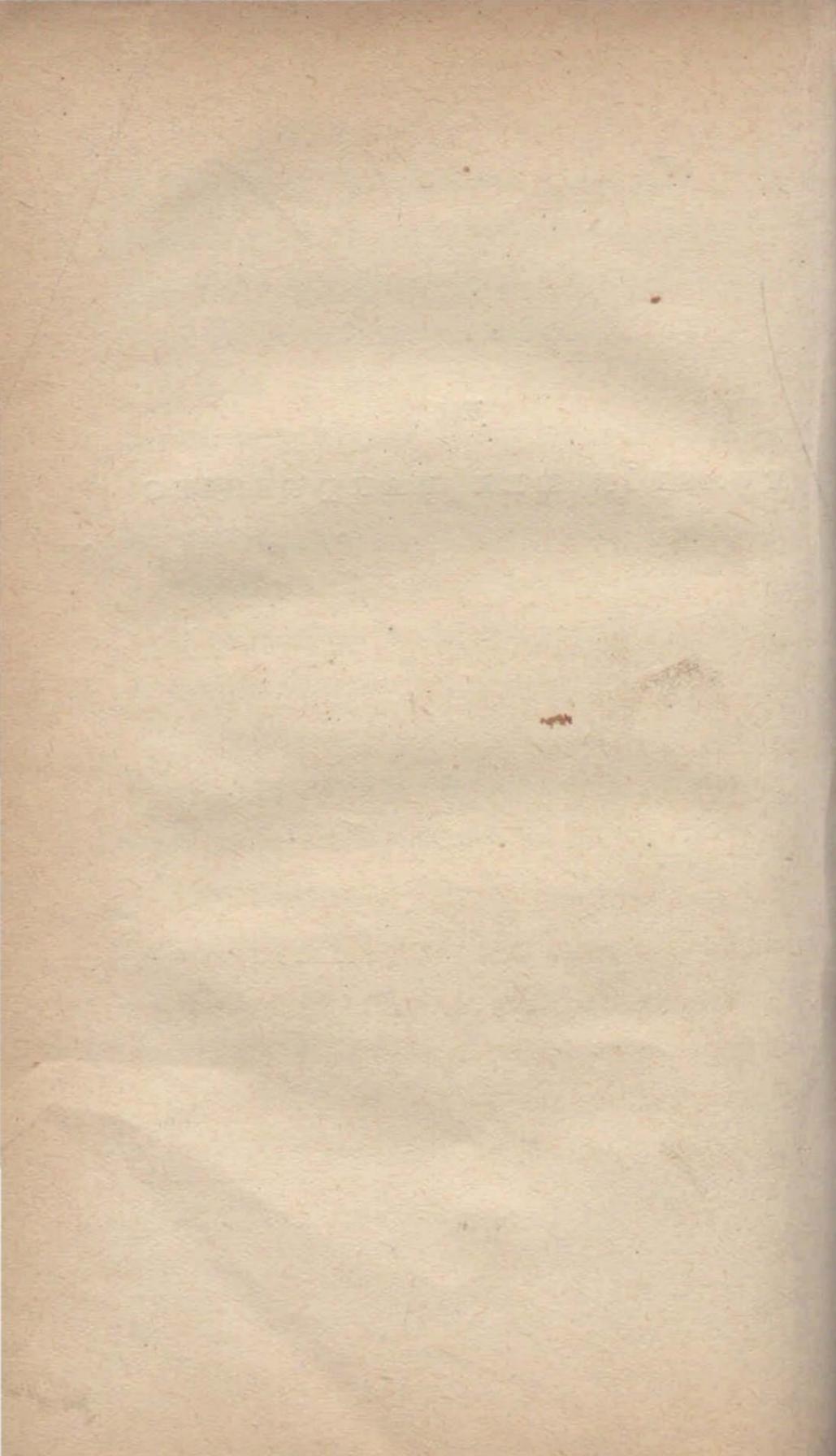
al Marquesito, bajó al camarote del preso para tranquilizarle; pero le halló acostado y adormecido, como si el traqueteo y el rugido del mar no le causaran la menor molestia.

Al alba, el cielo se serenó y el viento fué aplacándose; pero el Océano continuó durante algunas horas agitado, sobre todo por el Sur, de donde procedía un fuerte oleaje, indicio seguro de que por allí seguía la borrasca.

El 21 de Abril la *Albatros* pasaba á la vista de la isla Marrajo, y navegaba por las dulces aguas del Amazonas, cuya corriente se extiende hasta 20 millas de la desembocadura, abriéndose paso entre las aguas saladas y amargas del Océano Atlántico.

VII

EVASIÓN DEL MARQUESITO



Deseando aprovechar cuanto fuera posible la gran corriente ecuatorial que entra en el golfo de Méjico, pasando entre el archipiélago de las Pequeñas Antillas, y rehuyendo la proximidad de la tierra americana, que partiendo del cabo de Orange hasta Venezuela describe una curva hacia el Oeste, el capitán Núñez puso proa al Norte con intención de penetrar en el Golfo por las inmediaciones de la Barbada.

El 23 de Abril distinguieron el cabo de Orange, que señala el límite entre el Brasil y la Guyana francesa, volvieron á la corriente ecuatorial que habían abandonado por pocas horas, y se dirigieron á lo largo, inclinándose, no obstante, un poco hacia Poniente.

El tiempo se había calmado, y el viento soplaba regularmente, y siempre de modo favorable, apresurando la marcha de la *Albatros*, cuya velocidad se mantenía entre siete y nueve millas.

El Marquesito continuaba tranquilo y sin querer ver al Barón, bastando que Mumbal le recordase al raptor para que montara en cólera. Entonces no parecía un joven de diez y seis años, sino un hombre arrojado y decidido á todo; y amenazaba con destruir el camarote y rebelarse contra su carcelero; en sus momentos de calma una idea fija parecía atormentarle, pues á menudo se le oía murmurar y se le veía sentado frente á la tronera, escrutando el Océano como si esperase su salvación por aquella parte.

Un día el Barón, temeroso de que el encarcelamiento le fuera nocivo, le propuso, por intermedio de Mumbal, subir sobre cubierta si pro-

EL REY DE LA PRADERA

metía mantenerse tranquilo; pero el preso contestó que si aparecía en el puente estrangularía al primero que topase, y sobre todo al raptor, á quien odiaba con toda su alma. El preso no salió, pues, de su encierro.

El 27 de Abril, cuando estaban á 220 millas del cabo de Orange, se presentó otro barco en el horizonte. Era un navío de dimensiones enormes, provisto de cuatro palos y tres chimeneas, que caminaba rápidamente; pero de pronto desapareció hacia Poniente, dejando en pos de sí grandes nubes de humo.

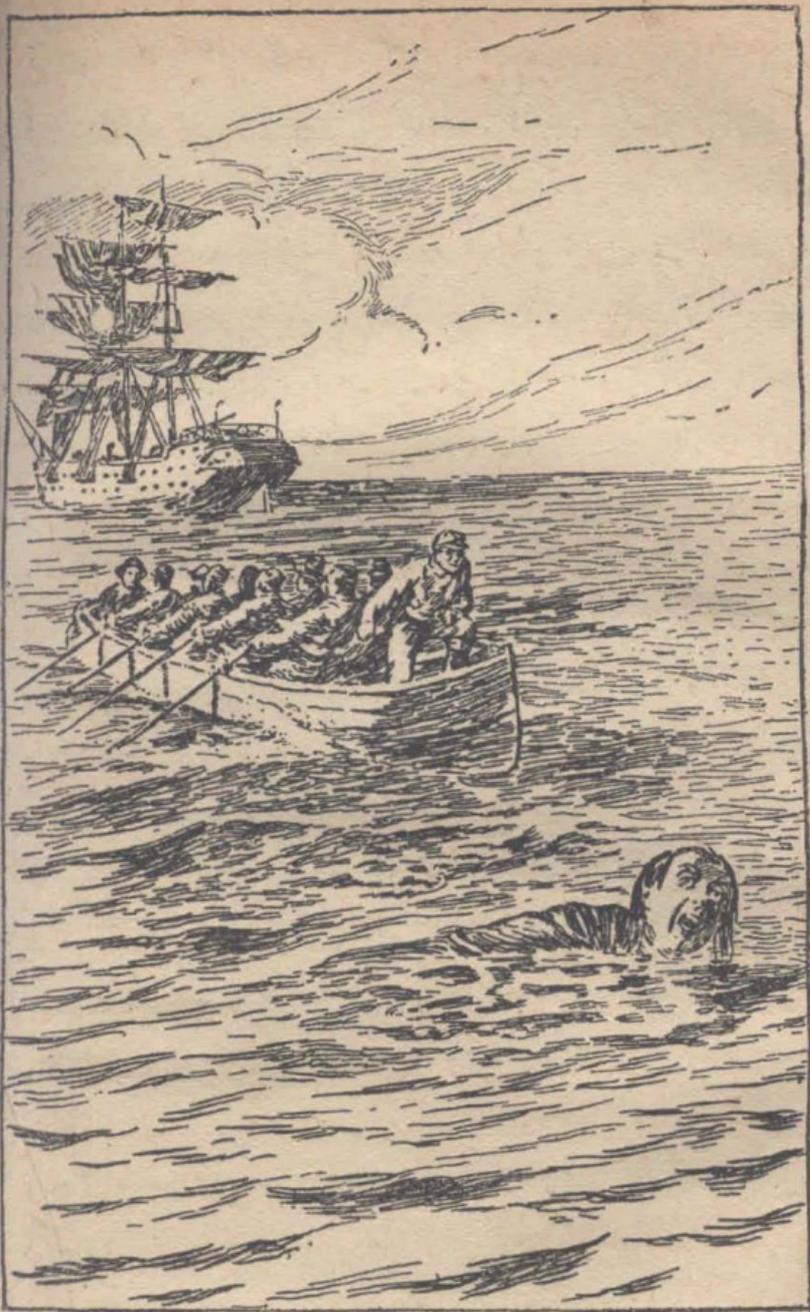
—Debe de ser un barco americano—dijo el Capitán.— ¡Qué audacia y qué iniciativa las de esos hombres de la Unión Americana! ¡Están locos, pero son de envidiar!

—¿Por qué dice usted que están locos? ¿Por su atrevimiento?

—No: porque realmente lo están. ¿No lo sabe usted?

—No, aunque he vivido varios años en las regiones centrales de la América del Norte. ¿Por qué dice usted que no andan bien de la cabeza?

—Yo se lo diré á usted, señor de Chivry; sobre los norteamericanos se han hecho estudios curiosísimos, y se ha demostrado que aquel pueblo, si no está loco de remate, le falta muy poco. En efecto: se ha observado que los americanos del Norte viven en un estado de continua agitación nerviosa, debido no á enfermedad alguna, no á efecto de la fusión de diversas razas, sino al clima. Cuando un europeo desembarca en América, especialmente en la gran ciudad del Este, experimenta á los pocos días una excitación muy notable, que á algunos les es molesta, pero que otros comparan al efecto del champagne ó al producido por el abuso del café ó del té. Poco á poco el europeo se siente invadido por una febril actividad, y acaba por conver-



—¡Disparad contra los piratas!

tirse en el hombre más expedito, más nervioso y más ardiente, aunque con menos facultad de fijeza y tratabilidad. Observe cualquier población grande ó pequeña de los Estados Unidos, y se convencerá de que sus habitantes viven en un ambiente sometido á gran presión; se trabaja de una manera febril, hay prisa para hacerlo todo y concluirlo todo, se va siempre al vapor, se conciben obras que parecen desatinos ó milagros, se cometen excentricidades imposibles. ¿Quiere usted una prueba más convincente? Mire las estadísticas y se persuadirá de que el número de los locos aumenta de año en año en los Estados Unidos; hoy alcanzan una cifra que espanta, pues los locos se hallan en una proporción de uno por cada 1,559 habitantes (1).

—Pero ¿de dónde proviene esa excitación,

(1) En 1880 los locos alcanzaron la proporción de 1 por 662 habitantes.

que acabará por convertir á la nación norteamericana en un pueblo de locos?

—Ya se lo he dicho: del ambiente, que es extraordinariamente seco y se halla muy cargado de electricidad; moje usted una esponja, y verá cómo en seguida se seca; lleve usted á los Estados Unidos un mueble y le oirá crujir durante todo el año; la sal no se humedece ni aun en los días lluviosos. El aire está tan saturado de electricidad, que los fenómenos eléctricos pueden observarse allí en cualquier día del año; en Nueva York he encendido yo el gas frotando un dedo contra un tapete y acercándolo luego al mechero de la lámpara.

—¡Es increíble!—exclamó pasmado Chivry.
—¿Y no cree usted que esa actividad febril reconozca otra causa?

Seguramente no depende todo de las condiciones físicas, pues he observado que esa excitación no existe en todas las ciudades norteamericanas.

americanas; acaso haya una especie de contagio, acumulaciones hereditarias y...

—¡Capitán!—gritó apresuradamente Mumbal.—Mire allá á babor. Temo que aquel curioso nos dé algún disgusto.

Núñez se volvió mirando en la dirección indicada; una nave pequeña, una goleta de 300 toneladas, caminaba paralelamente á la *Albatros*, maniobrando de modo que parecía querer acercarse á él, como si deseara examinarlo.

Por su construcción, por sus baterías y por el pendón que ondeaba en el palo mayor, se comprendía á primera vista que era un barco de guerra, una especie de crucero. Poco antes lo había distinguido la tripulación con rumbo Sur; pero de pronto viró de bordo, dirigiéndose hacia la *Albatros*, bien por simple curiosidad, bien por otro motivo más grave.

—¿Qué querrá ese barco?—se preguntó el

Capitán arrugando la frente.—Parece que nos espía.

—¿Será un barco brasileño?—preguntó el Barón con voz alterada.

—No: es un crucero inglés que vendrá de Jamaica—respondió Núñez, que estaba pensativo.

—Entonces, ¿qué puede usted temer, si viene del Norte?

—Se olvida usted, señor Chivry, de que soy un negrero.

—No hay un solo esclavo á bordo.

—Sí; pero si esos bribones sospechan que trafico en carne humana, querrán visitar el barco, y por los mapas de á bordo comprenderán que vengo de Africa, y no parará ahí todo; si hubiera tiempo, mandaría quitar los anillos y las cadenas éstas, que están pregonando el tráfico á que me dedico.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Desplegar todas las velas y preparar los cañones; si la *Albatros* deja á popa esa condenada goleta, me río yo de esos curiosos.

—Pues no perdamos tiempo; el crucero se halla á dos millas, y antes de quince minutos puede echársenos encima.

—¡Mumbal!—gritó Núñez.—Manda cargar el cañón de caza y desplegar todas las velas.

El maestro iba á llevarse el pito á la boca para llamar á la tripulación cuando se oyó á popa un golpe parecido al que hace al caer en el agua un cuerpo pesado.

—¡Caray!—exclamó Núñez palideciendo.
—¿Quién se ha caído?

—Nadie—repuso Mumbal examinando el puente del velero.

—¿Ese golpe?—dijo Chivry.

—Algún pez que...

—¡Hombre al agua!—gritó el timonel.

—¡Mil rayos!—exclamó Núñez sospechando

alguna desgracia; y se lanzó á popa seguido por el Barón, Mumbal y varios marineros, provistos de cuerdas. Un grito de furor salió de los labios del negrero.

—¡Es el Marquesito!

¡Imposible!—exclamó el Barón palideciendo.

—¡Es él!—dijeron los marineros.

—¡Huye hacia la goleta!—añadieron otros.

—Nada como un pez.

—¡Una chalupa al agua!—gritó Núñez.—

Pronto, ó somos perdidos si llega á la goleta.

En efecto, á poco más de un cable de la popa se veía á Almeida, que nadaba con una energía, sobrehumana y se dirigía hacia la nave de guerra, sobre cuyo puente se distinguía á varias personas.

—¡Pronto! ¡Pronto!—exclamó Chivry.—

¡Veinte escudos á quien lo alcance!

—Mumbal, vira de bordo—gritó Núñez.—

Apresuraos si tenéis en algo vuestra piel; vivo ó muerto traedlo acá.

Pocos instantes bastaron para que el bote fuese lanzado al mar. Diez hombres, entre los cuales se contaba Mumbal, se acomodaron en la lancha y navegaron desesperadamente tras el fugitivo.

Este, que de vez en cuando volvía el rostro hacia la *Albatros* para ver si le perseguían, redobló la velocidad, dirigiéndose hacia el barco de guerra, y gritó á voces:

—¡Á mí, marineros! ¡Socorro! ¡Disparad contra los piratas!

Aunque la goleta se hallaba lejos, aquellos gritos debieron de llegar hasta el puente, pues se la vió virar y acercarse hacia la nave negrera.

—¡Mil rayos!—exclamó Núñez.—¿Tendremos que vernos con esos perros ingleses?

—¿Vienen á nosotros?—preguntó el Barón.

—¿No lo ve usted? Querrán saber quién es el caído, por qué gritaba, y quiénes somos nosotros.

—Hagamos desaparecer al *Marquesito*.

—¿Va usted á matarle?

—No; pero podemos esconderle.

—¿Dónde?

—En el hueco de las cadenas ó entre las cajas de la bodega.

—Gritará.

—Le amordazaremos.

—Se moverá.

—Le ataremos; sienta recurrir á estos procedimientos, pero no puedo dejarle libre.

—Veremos; pronto, Mumbal.

Los marineros no necesitaban que nadie les excitara; la canoa, bajo el golpe vigoroso de los diez remos, volaba como una flecha; pero el Marqués se perdía entre las olas sin dejar de gritar:

—¡Disparad contra los piratas!

Sin embargo sus esfuerzos no dieron resultado; al cabo de cinco minutos el bote estaba á pocos pasos de él.

—¡Párese!—gritó Mumbal.

—¡Socorro!—pidió el Marqués.

—¿Quiere usted callarse?

—¡No, pirata!

—Otro esfuerzo, amigos.—Y el bote se echó encima del fugitivo, el cual estaba rendido por el esfuerzo; viéndose alcanzado, se dejó hundir en el agua, pero Mumbal sacó un brazo y le detuvo por el cuello.

—¡Venga usted aquí!—dijo sacándole á flote.
—Debí esperarme esto.

Almeida, en vez de entregarse, se puso á golpear á su aprehensor, pero el gigante poseía unas fuerzas hercúleas, lo levantó como si fuera una pluma y lo depositó en el fondo de la lancha, poniéndole una mano en la boca para impedirle gritar.

—¡Á bordo!—dijo el gigante mirando de reojo á la goleta.

El barco de guerra se aproximaba á toda vela, procurando alcanzar á la canoa de la *Albatros*; sin duda su tripulación debió de sentir

sospechas sobre el tráfico á que se dedicaba la nave española, y alarmado ante la escena que á sus ojos se había desarrollado exigía una clara explicación.

Pero el barco estaba muy distante para cortar el paso al bote tripulado por los hombres más fuertes de la *Albatros*. Mumbal, que no le perdía de vista, se percató á tiempo de la maniobra y remó en derechura á la nave negrera. En menos de seis minutos la nave y la lancha se encontraron, y Mumbal, agarrando con sus robustos brazos al Marqués, lo llevó á bordo, á pesar de los esfuerzos desesperados que el joven hacía.

—¡Desgraciado, nos quería usted perder á todos!—exclamó el Barón cuando le vió en su presencia.

—¡Miserable!—rugió Almeida.—¡Te he de colgar!

—Quitadle de aquí—dijo Núñez.—Y vosotros izad la canoa y desplegad las velas.

—¿Adónde le llevo?—preguntó Mumbal.

—Atadle y por ahora metedle en su camarote.

—Y que le custodien dos hombres—añadió Núñez, y después gritó con voz clara y enérgica: —¡Ocho hombres al cañón de caza! ¡A la voz de mando disparad! ¡Ah! ¡No conocéis mi *Albatros*, señores ingleses! ¡Venid y veréis!

En aquel instante sonó un cañonazo en la goleta, pero no se oyó ningún silbido que indicara el paso de la bala.

—¡Principia el fuego!—dijo el Barón.

—Todavía no; es un disparo con pólvora sola.

¿Y qué significa?

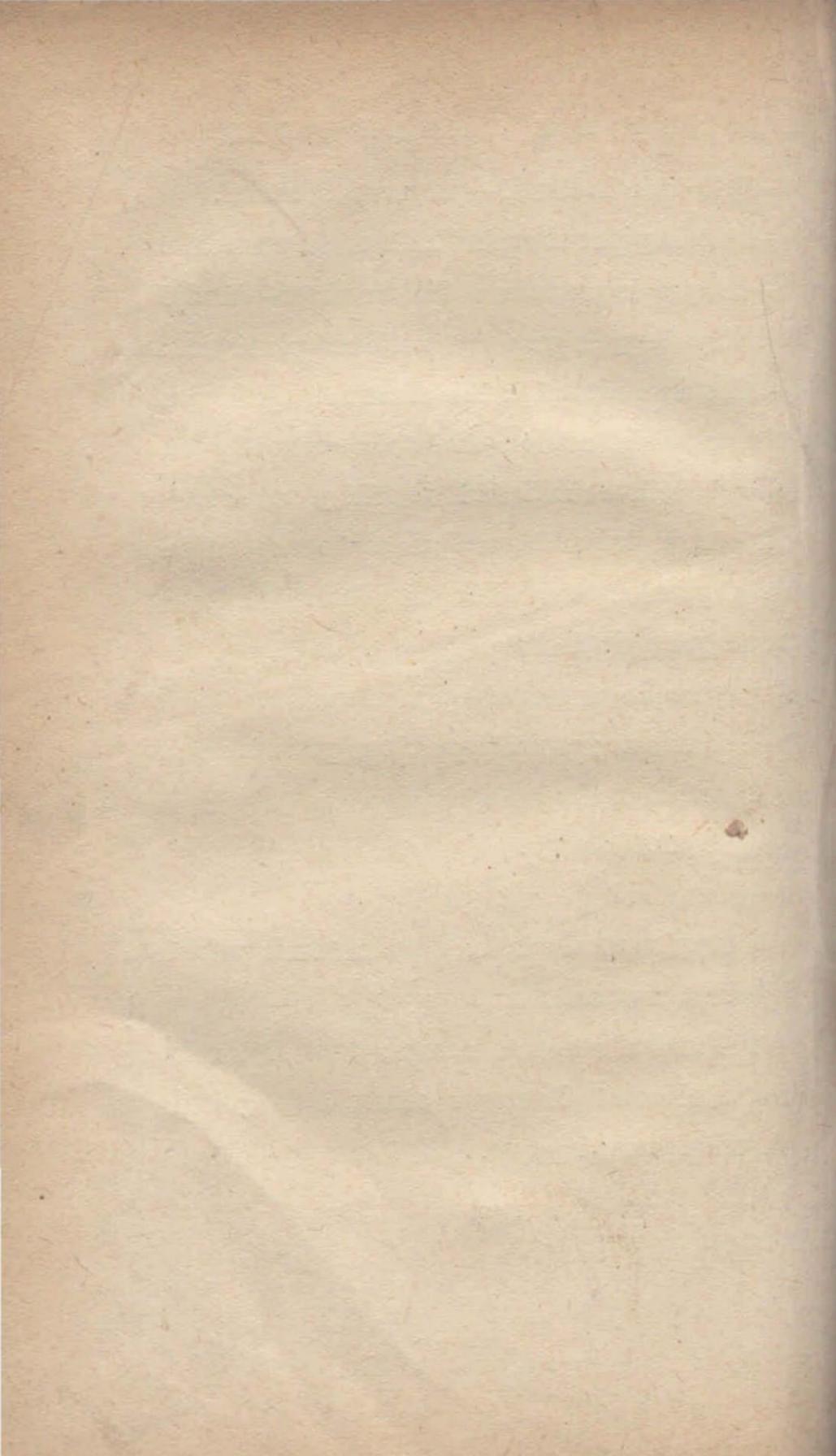
—Que me detenga.

—¿Y usted?

—Cargo mis cañones y despliego mis velas.

—¿Y si nos alcanzan?

—Probarían nuestras armas; ¡eh! timonel; ¡proa al Norte! Haremos correr á la goleta y la echaremos á pique.



VIII

LA CAZA DEL NEGRERO

Principiaba la caza; la barca negrera, que no quería ser abordada, sabiendo que la goleta, aunque cuatro veces más pequeña, llevaba doble tripulación que ella, y que no deseaba entrar en explicaciones ni mucho menos dejarse reconocer, no ignorando lo mal que le hubiera ido con los ingleses, que son enemigos acérrimos de los negreros, á quienes tratan como piratas, en lugar de obedecer á la intamación se cubrió de velas buscando su salvación en la fuga.

El capitán Núñez, á quien interessaba conservar el pellejo y que no quería terminar la existencia colgado de una verga, confiaba en la velocidad de la nave, que estaba reputada por una de las más rápidas que entonces surcaban el Atlántico desde las costas orien-

tales de África á las occidentales de la América del Sur.

Si hubiera podido prolongar la fuga hasta el anochecer sin que la artillería le alcanzara, podía considerarse en salvo, porque hubiese aprovechado la oscuridad para cambiar de rumbo.

Por desgracia no tardó en convencerse de que la fortuna, que tantas veces le había ayudado en las costas africanas contra las persecuciones de los cruceros, no le ayudaba ahora. En la pequeña pero aguerrida nave enemiga había encontrado una rival en materia de velocidad, y en su capitán uno de los lobos de mar más hábiles é intrépidos.

Como su aviso no había obtenido respuesta, el comandante inglés se lanzó animosamente tras la nave negrera, resuelto á alcanzarla y á reconocerla, aunque tuviera que comprometer á su gente en el abordaje.

La goleta se hallaba á menos de tres millas, é iba acortando poco á poco la distancia. Sus inmensas velas, hinchadas por el viento, la hacían volar sobre las espumeantes olas del Atlántico, dejando á popa una blanca estela que se perdía en lontananza.

El negrero no se amilanaba, y desplegando hasta el último trapo, confiaba siempre en vencer á su rival. No satisfecho con cubrirse de velas hasta los topes, desplegó alas y arrastraderas y añadió una vela cuadrada al bauprés. La *Albatros* marchaba con velocidad creciente, pues el viento le era favorable, pero la goleta seguía acercándose; parecía que á su popa tenía una hélice ó una rueda; tal era su rapidez.

¡Caramba!—exclamó Núñez cada vez más alarmado, y que no perdía de vista al barco de guerra.—¿Habrà envejecido mi *Albatros*? Es la primera vez que se deja alcanzar;

sin embargo, el viento nos favorece y vamos volando.

—¿Nos alcanza?—preguntó ansioso el Barón.

—Sí; y si continua así, antes de una hora estaré á tiro.

—¿Qué piensa usted hacer? ¡Hay que decidirse!

—Ya lo sé; pero por más que pienso...

—¿Alcanzan mucho los cañones?

—Sí; pero la goleta tiene ocho ó diez, y si nos rompe un palo de un tiro estamos perdidos.

—Podemos rompérselo nosotros á la goleta.

—No digo que no; pero esos barcos tienen buenos artilleros, que pocas veces fallan.

—¡Si nos detuviéramos...!

—Vendrían á bordo; querrían saber quién es el joven á quien hemos salvado; visitarán el barco y descubrirán que soy un negrero. Y, además, ¿cómo íbamos á explicar el motivo que nos inducía á huir? ¡Caramba!

¡En qué compromiso nos ha puesto ese Marqués!

—¡Juguemos el todo por el todo, Capitán!—
dijo Mumbal.

—¿Cómo?

—Dejémoslos venir y arrojémonos de pronto
sobre ellos.

—¿Crees que vendrán todos? En la goleta
quedarán los suficientes para ametrallarnos si
viene al caso.

—¿Y qué decide usted?—preguntó el señor
Chivry.—Le he advertido que los treinta mil
pesos restantes no se los entregaré hasta que
el asunto esté terminado, y que los perderá si
el Marqués se nos escapa.

—¡Mumbal! ¿Está Almeida en su camarote?

—Le he encerrado en el pozo de las cadenas,
después de atarlo y amordazarlo.

¿Cuál es el más joven de todos los marineros?
Rascal, me parece.

—Sí.

—Hay que enseñarle el papel que ha de representar.

—¿Cuál papel?

—Figurémonos que el hombre que cayó ó se arrojó al mar fué él.

—Buena idea.

—¿ Y cómo explicaremos el motivo de la fuga? ¿No recuerda usted que Almeida gritaba: ¡Disparad contra los piratas?

—Diremos que se arrojó al mar huyendo de un castigo, y Rascal lo confirmará.

—¿ Y nos dejarán libres después los ingleses? Ya sabe usted, Capitán, que han declarado guerra á muerte á los negreros, y que les dan caza en todos los mares.

—Ya lo sé. No podremos engañarlos, y nos llevarán al puerto más cercano para juzgarnos. ¡Psch! Aún están muy lejos, y antes de que nos alcancen...

¿Tiene usted algún plan?

—Sí; pero veamos antes cómo van las cosas. Te encargo, Mumbal, que, sobre todo, no huya el Marqués.

—He mandado colocar tres grandes pipas sobre la boca del pozo. No darán con el escondite.

—¿Y no se asfixiará?

—He abierto un agujero á través de la cubierta y otro en la pared: tiene aire suficiente. Además, le he dado un compañero para que le ayude en caso de necesidad.

—¡Ten cuidado!

Un cañonazo cortó la frase del Capitán; pero este segundo disparo no era de pólvora sola, pues en el aire se oyó un agudo silbido y se vió el proyectil hundirse en el mar, á quince pasos de la *Albatros*.

—¡Mal negocio!—exclamó Mumbal.

El Capitán lanzó una imprecación de rabia; subió al castillo, donde ocho hombres le aguarda-

ban tras el cañón de caza dispuestos á hacer fuego contra la nave en cuanto estuviera á tiro, y la observó atentamente.

En menos de diez minutos la goleta había ganado cables y se hallaba á menos de una milla de distancia. Sobre el puente se distinguía al Capitán, acompañado de sus dos oficiales; preparados junto á la borda se veía á los marineros, armados de carabinas, y á proa un grupo de soldados que maniobraban en torno á una pieza de artillería.

—¡Sesenta hombres!—murmuró el negrero arrugando la frente.—Si me abordasen, probaría; pero son muy prudentes esos ingleses. ¡Mumbal!

El segundo de á bordo se acercó á él.

—Iza la bandera de señales, y pregunta á esos curiosos qué desean.

—¿No hay esperanza de que nos dejen?

—Á menos que se desencadenase un huracán;

pero por ahora el Océano no parece dispuesto á nada.

—¿Llevará el viento en la bodega esa goleta?

—Despacha pronto, Mumbal; los minutos son preciosos.

El jefe de la tripulación mandó traer sobre cubierta las banderas de señales, con las cuales dos navíos pueden comunicarse á varias millas de distancia, haciendo uso de combinaciones especiales conocidas por todas las naciones marítimas.

Mumbal, con una serie de señales, preguntó:

—¿Qué deseáis?

Poco después aparecían en el tope del palo mayor de la goleta otras tantas banderas que decían: «¡Parad, ó hacemos fuego!»

—¿Quiénes sois?—preguntó Mumbal.

—Barco de guerra—repusieron los ingleses.

—¿Qué queréis?

—Visitaros.

—¡Bribones!—murmuró el segundo.—¡Con qué gusto os metería una bala en el cuerpo!

—¡Responded!—dijeron las banderas de la nave.

—¿Qué contesto?—preguntó el segundo al Capitán.

—Que obedecemos—exclamó Núñez.—¡La fuga es imposible!

—¡Un momento!—dijo el Barón.—¿Como explicaré mi presencia á bordo?

—Diré que embarcó usted en Río de Janeiro como pasajero.

—¿Sin documentos que lo prueben?

—Otro contratiempo. Pero, ¡por Judas!, diremos que le recogimos en medio del Océano; que es usted un náufrago.

—¡Responded, ó comienzo el fuego!—dijo la goleta, que ya se hallaba á una milla de distancia.

—Contestad, Mumbal; y vosotros, muchachos, poned el barco al paio.

Realizadas todas las maniobras, la *Albatros* fué perdiendo velocidad, hasta quedar casi inmóvil. En cambio la goleta continuó su marcha, como si tuviera intención de abordar al barco fugitivo; pero, llegada á pocos cables, recogió sus inmensas velas y se detuvo.

Tuvo la precaución de presentar el costado á la nave negrera, enfilándola con sus cañones para el caso de que tratara de fugarse ó rebelarse. En seguida arrojó al mar un bote, en el cual se acomodaron un oficial, diez marineros y doce soldados de infantería de Marina, armados de carabinas con las bayonetas armadas.

—¡Mumbal!—gritó Núñez.—Abre la armería y trasporta á la cámara común fusiles y pistolas y unos cuarenta sables de abordaje. No sabemos lo que puede suceder.

Luego, volviéndose hacia el señor Chivry, que aparentaba tranquilidad, le dijo:

—Deje usted que conteste yo á esos canallas.

Puede que no esté todo perdido aún; pero esté usted prevenido para lanzar la tripulación contra los ingleses á la primera señal que yo haga. ¿Está usted armado?

El Barón se levantó la faja que le ceñía la cintura y dejó ver las culatas de dos pistolas.

—Llevo aquí la vida de dos hombres—dijo.— Mis tiros son seguros.

El bote se hallaba á pocas brazas y estaba á punto de abordar á la *Albatros*. El oficial que lo mandaba, que era rubio, barbudo, de ojos azules y de unos treinta ó treinta y dos años, hizo una seña al barco negrero para que echara la escala.

—Rascal—dijo Núñez, mientras sus hombres cumplían la orden recibida.—¿Sabes tu papel?

—Admirablemente—repuso el marinero.

—Pues adelante, señores curiosos.

El oficial inglés se presentó á bordo con el

sable en la mano y seguido de los soldados de infantería, mientras los marineros quedaban en la lancha.

El Capitán le recibió con una amable sonrisa y le saludó cortésmente.

—¿A qué debo el honor de su visita?—preguntó.

El inglés le miró de pies á cabeza con cierta arrogancia, devolvió el saludo bajando ligeramente el sable, y dijo:

—¿Es usted el Comandante?

—Sí, señor oficial—repuso Núñez con ironía.

—¿Le sorprende á usted?

—¿Quién es éste?—preguntó señalando al Barón.

—El barón Renato de Chivry, súbdito de los Estados Unidos y pasajero mío.

—¿Quién es usted?

—El capitán Fernando Núñez, de Cádiz.

—¿Es de usted el barco?

—Mío.

—¿De dónde ha partido?

—De Río de Janeiro.

—¿Y se dirigen...?

—Al golfo de Méjico.

—¿Tiene usted en orden sus documentos?

—Creo que sí.

El inglés miró de nuevo al negrero, y después lanzó una ojeada sobre la tripulación, que se había dividido en dos grupos, uno á proa y otro á popa.

—¿Por qué lleva usted una tripulación tan numerosa cuando con doce hombres podría gobernar la corbeta?

—Porque tal es mi gusto—repuso el negrero malhumorado.—¿Hay que pedirle permiso al Almirantazgo inglés para llevar treinta hombres en lugar de diez? Soy súbdito español y no tengo que dar cuenta más que al Gobierno de mi país.

Tranquilícese, capitán Fernando Núñez, de Cádiz—dijo el inglés con marcada ironía.—Primero, déme usted explicaciones.

—¿Con qué derecho me las pide?

—Con el que tienen los barcos de guerra de todas las nacionalidades de visitar las naves sospechosas.

El negrero palideció, no de miedo, sino de rabia.

—¿Y qué? ¿Es sospechosa la mía?

—Parece—repuso el inglés flemáticamente.—Dígame, capitán Núñez, ¿quién era aquel hombre que se arrojó al mar desde una tronera de popa y á quien recogisteis tras una lucha obstinada?

—Un marinero.

—¿Dónde está?

—Aquí—dijo Rascal adelantándose con audacia.

El inglés le miró atentamente y le preguntó:

—¿Por qué te arrojaste al mar?

—Para escapar de una pena que me habían impuesto.

—¿Abusa el Capitán de su autoridad?

—¡Señor...!—exclamó Núñez.

—Deje usted que hable este hombre.

—No—repuso Rascal.—El castigo era merecido, pero quise evitarlo.

—Está bien.—Y volviéndose al español le preguntó:

—¿Qué cargamento lleva?

—Ninguno.

—¿Á qué va usted al golfo de Méjico?

—Á recoger carga en Veracruz.

—Déjeme reconocer el barco; después me enseñará usted los documentos.

—Como usted guste; Rascal, acompaña al señor.

—Dos palabras.

—Hable usted.

—¿Por qué huyó el barco cuando le intimamos á que se detuviera?

—¿Sabía yo con quién me las iba á ver?

—¿No vió usted en el palo mayor la bandera roja? Bastaba eso para que comprendieran ustedes que era un barco de guerra.

—Ya lo hemos visto; pero en Río de Janeiro nos avisaron que una nave tripulada por piratas y con la bandera de las de guerra había atacado á un bergantín brasileño á cien millas del Amazonas—repuso el negrero audazmente.

El inglés le miró atónito.

—¡Vamos!—dijo luego.—Usted se burla de mí; bajemos, porque espero descubrir algo bueno.

—Vamos, señor—dijo Núñez, que había pali-decido y miró al inglés con coraje.

El oficial, precedido por el negrero y seguido por seis de sus soldados, descendió por la escalera, y una ojeada le bastó para adivinar á qué tráfico se dedicaba la *Albatros*.

—¡Anillas y cadenas en las paredes y el techo!
 —exclamó sonriendo con aire de triunfo.
 —¿Cómo explica usted la presencia de estos
 objetos, señor Núñez?

El negrero se vió perdido; un sudor helado le cubrió la frente, y en su interior maldijo la hora en que embarcó al Marqués, causa de su desgracia. Quiso hacer otro esfuerzo.

—¿Qué quiere usted decir?—repuso aparentando calma.

—¡Que usted se dedica á la trata de esclavos.

—¡Yo!

—Lo aseguran esas anillas y esas cadenas.

—Cuando compré el barco ya estaban.

—¡Ah! ¿Usted le compró la nave á un negrero?
 ¿Y se dió á la fuga temiendo que fuéramos
 piratas? ¡Vamos! ¡Qué embustes quiere usted
 que me crea!

—¡Le juro...!

—Luego jurará usted, cuando los hayamos

EL REY DE LA PRADERA

conducido á Jamaica. Las autoridades de Kingston se encargarán de esclarecer este asunto.

—¡Tenga usted cuidado!—gritó Núñez.—Soy súbdito español.

—Los negreros viven fuera de toda ley y no tienen patria. Salgamos.

Iba á poner el pie en el primer escalón, cuando una voz sofocada, que parecía salir de las profundidades de la estiva, comenzó á gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

IX

COMBATE Á BORDO DEL
NEGRERO

El oficial de la goleta se detuvo bruscamente al oír aquellos gritos, mirando al negrero, que había palidecido y que no pudo reprimir una exclamación de ira, mientras los soldados, temiendo que aconteciera algo, preparaban las armas.

La situación se complicaba, mejor dicho, se agravaba terriblemente para la tripulación negrera, bastante comprometida de todos modos. Si el oficial descubría al Marqués, podían considerarse todos perdidos.

—¿Quién ha dado esas voces?—preguntó el oficial en tono amenazador.—¿Qué misterios encierra este barco? ¿No le basta ejercer la infame trata de esclavos, señor Fernando Núñez?

El negrero, que parecía anonadado por aquella inesperada invocación, no pudo articular una palabra durante algunos segundos; pero pasado el primer momento de estupor recobró su proverbial audacia y dijo encogiéndose de hombros:

—¡Bah! Es un marinero á quien he mandado encerrar en una estrecha prisión con un compañero suyo.

—¿Por qué?

—Por rebelión.

—Quiero ver á los prisioneros.

—Es usted muy curioso, señor oficial de S. M. Británica—dijo Núñez mirándole fieramente.

—Le digo que quiero verlos—repitió el inglés con una entonación que no admitía réplica.

—¿Y si yo me negara?—preguntó el negrero con voz amenazadora.

—Le obligaría á la fuerza á enseñarme los prisioneros.

—Considere que tengo treinta hombres sobre cubierta.

—Y yo veinte aquí y cuarenta y seis á bordo de la goleta; sublévase, si se atreve, señor traficante en carne humana.

—Pues búsquelos usted.

—Me los enseñará usted, ó yo...

—¿Qué?—preguntó Núñez, que perdía la paciencia.

—Le mandaré fusilar.

—¡Mumbal! ¡Á mí!—gritó el negrero lanzándose con un salto de tigre hacia la escalera y presentándose sobre el puente.

—¡Aqui estoy!—gritó el gigante.

—¡A las armas! ¡Replegaos todos á proa!

En aquel instante el oficial inglés apareció sobre cubierta, pálido de coraje y con la espada desenvainada. Los soldados le seguían.

—¡Á mí, marineros!—gritó,—y los diez hombres que se hallaban en el bote subieron á la

nave uniéndose á los doce soldados que se habían agrupado en torno del oficial.

—¡Salid!—gritó Núñez apuntando con una pistola.

—¿Quieres luchar?—preguntó el oficial, que había recobrado su sangre fría.

—¡Salid!—repitió el negrero.

Sus treinta marineros se habían replegado tras él con la rapidez del rayo, empuñando fusiles, sables y hachas que Mumbal había subido á cubierta. El Barón se puso á la cabeza dispuesto á dirigir el fuego.

El inglés, que tenía á sus diez marineros casi inermes y que no disponía más que de doce carabinas, vacilaba. Antes de que la goleta le enviase refuerzos caerían muertos sus hombres. Había que ganar tiempo para no dejarse matar inútilmente.

—¡Abajo las armas!—gritó.

—¡Caray!—exclamó Núñez, que se dió cuenta

de su superioridad.—Las bajaremos cuando ustedes se declaren prisioneros.

—¿Y usted espera...?

—Nada; ya que ha querido usted subir á mi barco, de aquí no sale usted vivo.

—La goleta está cerca, y á una señal mía descargará sus cañones.

—Pues le despacharemos antes á usted, señor oficial de S. M. Británica.

—¡Basta!—gritó el inglés.—Le hago una proposición.

—¿Cuál?

—Sigamos á Jamaica. Las autoridades de Kingston decidirán.

¡Vaya! ¿Cree usted que somos tan tontos que nos metamos en la boca del lobo? ¿Qué dice usted, señor Chivry?

—Que por mi parte no acepto.

—¿Ha oído usted, señor oficial?

—Por último, depongan las armas.

—Venid á tomarlas.

—¡Á mí, de la goleta!

—Le advierto que al primer cañonazo ó al primer movimiento que haga la goleta los mando fusilar—gritó el negrero.

—¡Fuego contra esos perros y después á la carga!—ordenó el inglés.

Un inmenso clamor se levantó entre los negreros, apagado por una descarga de fusiles. Varios hombres cayeron, y el primero de todos el valeroso oficial; pero los demás, sin considerar las pérdidas sufridas, se juntaron unos con otros; los soldados, con las bayonetas caladas, y los negreros, con los sables de abordaje.

El encuentro fué tremendo. Varios marineros de la *Albatros*, atravesados por las bayonetas, murieron en el puente, pero también sucumbieron varios marineros de la nave de guerra.

Entre los supervivientes, que aún eran muchos, se empeñó una lucha encarnizada alrededor del palo trinquete. El capitán Núñez y el señor Chivry, que escaparon milagrosamente de las primeras descargas, se batían con furor, asesando sobre los soldados y los marineros ingleses tremendos sablazos y tiros certeros.

Mumbal, que se había armado de una barra de hierro de medio quintal de peso y que la manejaba como si fuera un bastón, rompía cabezas y hundía costillas, gritando con su vozarrón, que se oía á una legua de distancia:

—¡Despejad, canallas! ¿Sois curiosos? Pues tomad; estos golpes duelen, pero os dejan bien para siempre.

Los demás se batían con el mismo coraje, rechazándose y golpeándose, aferrándose y derribándose, y manejando con furia sables, hachas y cuchillos. Los ingleses, vencidos por el nú-

mero, sin comandante, diezmados é indefensos, caían de dos en dos, de tres en tres.

Ya no quedaban en pie más que seis ó siete cuando se oyó á Mumbal que gritaba:

—¡La goleta!

Núñez derribó á un soldado que trataba de abrirle el cráneo con la culata de un fusil, se abrió paso por entre los combatientes y subió al castillo seguido de Mumbal y varios hombres. La goleta estaba ya á un cable de distancia.

Los marineros de la nave inglesa, temblando de rabia, se habían reunido en la banda de estribor, dispuestos á lanzarse al abordaje. El cañón de proa había sido colocado en el castillo para ametrallar mejor á los negreros, pero no se atrevían á disparar por miedo á matar á los compañeros que aún quedaban á bordo de la *Albatros*.

El capitán Núñez comprendió la gravedad de la situación; si la goleta los abordaba y sus

cuarenta y seis hombres caían sobre la *Albatros*, para los negreros todo había concluído, pues no podían ya hacer frente á otro ataque contra un enemigo tan numeroso. Había que impedir el abordaje y sin pérdida de tiempo, pues desde la goleta principiaban á disparar con los fusiles.

—¿Está cargado con bala el cañón de caza?

—¡Sí, mi Capitán!—repuso Mumbal.

—Mande seis ú ocho hombres á la batería de babor, y que otros estén preparados para poner el barco en marcha. Recibiremos uno ó dos proyectiles, pero los dejaremos atrás.

—¿Qué va usted á hacer?—preguntó el Barón.

—Romperle un palo á la goleta; si lo consigo, nos hemos salvado. ¿Ha terminado la lucha?

—Sólo quedan en pie cinco ó seis ingleses.

—Pues exterminadlos y guardaos de los tiros de la goleta.

La tripulación del barco de guerra abrió un fuego infernal contra la nave negrera; desde

las escalas, los pañoles y jarcias disparaban contra los negreros, que se agrupaban en torno de los pocos ingleses que quedaban con vida. Disparaban sin descanso, pero sin bastante éxito, porque el temor de herir á su camaradas les hacía perder la mayor parte de las balas.

Núñez, resguardándose tras la muralla de popa, apuntó rápidamente el cañón de caza contra la goleta; corrigió dos ó tres veces la mira, pues la nave seguía avanzando, luego acercó la mecha y prendió fuego. Una formidable detonación conmovió la *Albatros*; oyóse un aullido de rabia, y á éste sucedió un grito de victoria.

—¡Nos hemos salvado!—gritó Núñez.—¡Adelante, muchachos, vámonos! ¡Los de la batería, fuego!

Y, en efecto, podían considerarse en salvo, pues la goleta no estaba en disposición de seguirlos; el palo mayor había sido cortado por su base

por la bala de la *Albatros*, y había caído sobre cubierta con un golpe horrible, embarazándola de cuerdas y velas, y lanzando al mar á los tiradores que se habían subido á los aparejos.

Para colmo de suerte, casi en el mismo instante caían en el barco negrero los últimos marineros y soldados ingleses. Bastó la barra de hierro de Mumbal para derrumbarlos y que no pudieran levantarse más.

—¡Fuego!—se oyó gritar en la goleta, mientras los marineros de la *Albatros* se lanzaban á los cábos de las velas dando gritos de victoria.

Pero los hombres que Mumbal envió á la batería se adelantaron á los ingleses; las dos piezas de babor tronaron simultáneamente, lanzando contra la nave enemiga dos granadas que fracturaron el extremo del palo trinquete y destrozaron á los tiradores que en él había. Á pesar de la confusión y el pánico que reinaba á bordo del barco, sus cuatro cañones de estribor

hicieron fuego y tres balas atravesaron el costado de la *Albatros* á pocos centímetros sobre el nivel del agua, mientras el cuarto proyectil pasaba sobre cubierta rozando uno de los machos. Pero ya no era tiempo de tomarse el desquite, pues el enemigo huía; la nave negrera se puso en marcha y se alejó velozmente de la goleta, la cual se había detenido como un pájaro al cual se le rompe un ala.

El comandante inglés, furibundó por el destrozo, lanzó otra andanada contra los fugitivos, con la esperanza de romperle el timón al barco negrero. Pero las balas no dieron donde él deseaba. Una penetró en el cuadro de popa, destrozando el camarote del Barón; la segunda destrozó la grapa del bauprés, y las otras dos atravesaron el puente, partiendo un estay. La batería del negrero contestó en seguida, pero la distancia ya no permitía ver los daños causados; sin embargo, alguna bala debió de dar en el

blanco, pues se oyó á los ingleses dar aullidos de furor.

—¡Feliz viaje!—gritó el capitán Núñez desde el puente de mando.—Venid á meter las narices en los asuntos del capitán Fernando Núñez de Cádiz, como me llamaba con ironía el oficial.

Una voz lejana gritó: —¡Ya nos veremos!

—¡Qué esperanza!—dijo Núñez volviéndose hacia el Barón, que se le había acercado.

—¿Pensarán continuar la caza?

—Seguramente, señor Chivry; pero cuando puedan navegar estaremos tan lejos, que no habrá nada que temer.

—¿Tardarán mucho en reparar los desperfectos?

—Esas naves llevan de todo á bordo: palos de recambio, velas de recambio y hábiles carpinteros; pero antes de tres días la goleta no podrá reanudar la caza. Durante ese tiempo,

si el viento no calma, les tomaremos una delantera de 400 millas ó más.

—¿Y si se ponen á cruzar delante de las Antillas?

—Serán capaces; pero el golfo de Méjico es muy grande y harían falta veinte naves para vigilar la salida.

—Pueden llegarse á Jamaica.

—Y no encontrarán más que dos ó tres cruceros, y no creo que todos sean tan veloces como mi *Albatros*, que se ha dejado alcanzar por primera vez. ¡Maldita goleta! ¿Quién iba á pensar que anduviera más que mi nave, considerada en ambos mundos como la más rápida? En fin, hemos escapado de un grave peligro y podemos felicitarnos.

—Pero hemos sufrido grandes pérdidas.

—¡Bah! Marineros no faltan.

—Y el barco está acribillado.

—Después taparemos los boquetes; ¿y el

E L R E Y D E L A P R A D E R A

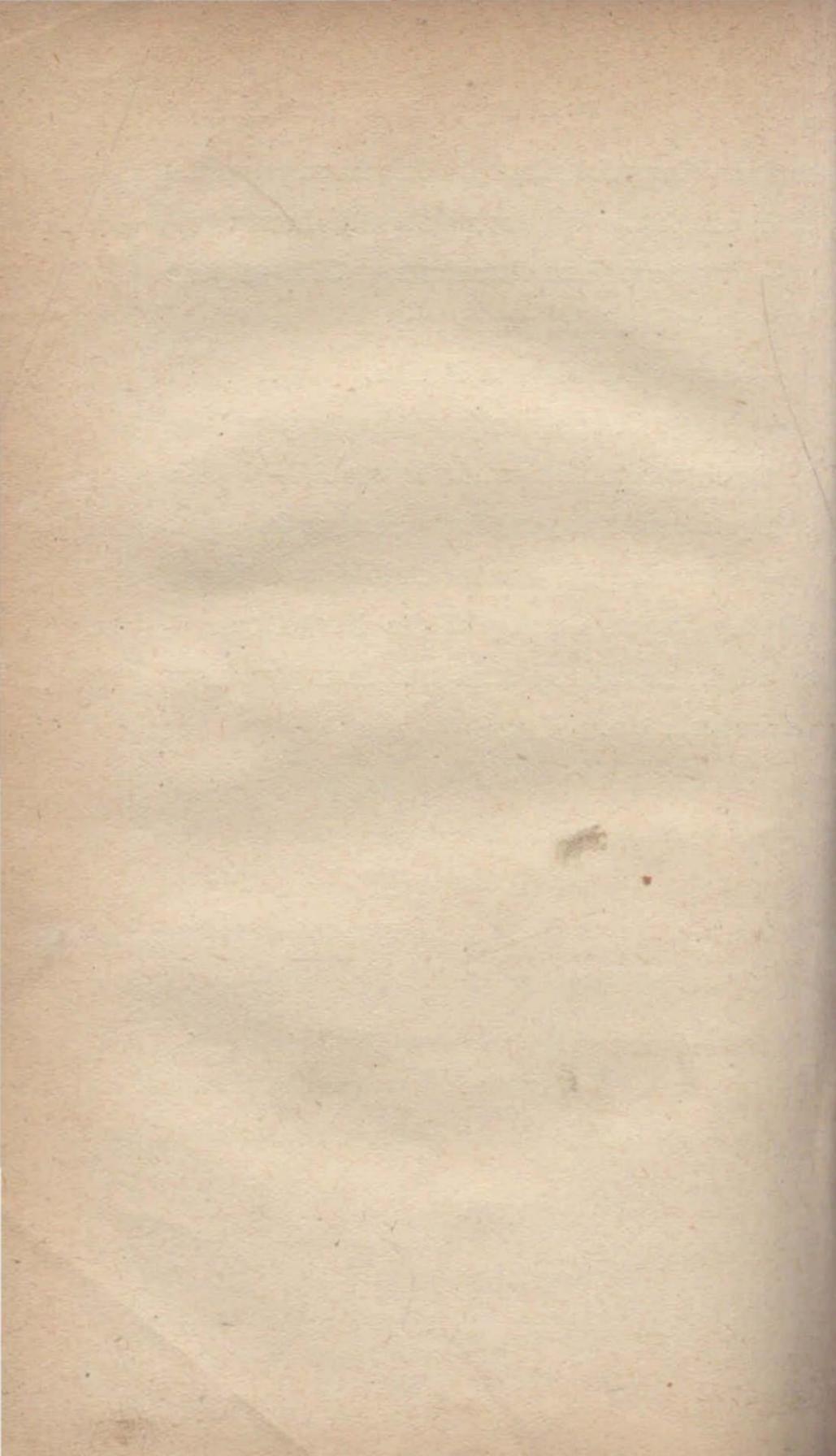
maldito Marqués? ¡Caray! Si no fuera por usted le habría hecho colgar; palabra de honor.

—Pronto nos desembarazaremos de él—repuso Chivry, que estaba pensativo.

—Convenía darle una lección.

—Es sagrado para mí; que nadie ponga en él las manos. Los imprudentes fuimos nosotros al dejarle en aquel camarote; nosotros tenemos la culpa.

—¡Caramba! Está usted en lo cierto. Venga usted y veremos qué pérdidas hemos experimentado; mucho me temo que sean grandes y de importancia.



X

EL GOLFO DE MÉJICO

Si en aquel breve pero terrible combate había perdido la pequeña nave de guerra un tercio de su tripulación, tampoco los negreros podrían mostrarse muy satisfechos del resultado que les había cabido. De treinta y dos hombres, yacían nueve sobre el ensangrentado puente, nueve que murieron atravesados por las bayonetas de los soldados ó por la primera descarga; otros siete fueron conducidos llenos de heridas á la enfermería, y dos de éstos ofrecían pocas esperanzas. En cambio, de los 23 ingleses no se había salvado ni uno solo, y yacían amontonados en torno del trinquete, horriblemente descuartizados por las hachas y los sables de abordaje de los negreros ó aplastados por la pesada barra de hierro del hércules Mumbal. Dos verdaderos arroyos de sangre salían de

debajo del montón de cadáveres, y se derramaban en el mar por ambas bordas.

—¡Rayos y truenos!—exclamó Núñez.—Caranos ha costado la victoria, según parece. Bien es verdad que todos esos herejes se han ido á hacerle compañía á su compadre Belcebú. Tendremos que renovarnos en cualquier puerto mejicano, pues si me vuelvo á encontrar la condenada goleta seré yo quien lo pague.

—¿Piensa usted tocar en algún puerto?—preguntó Chivry.

—Por ahora, no; pero cuando llegemos á la laguna de la Madre, mandaré el barco á Veracruz para alistar gente nueva.

—¿Y por qué no en Galveston, que está más cerca?

—Es verdad, Barón; ¿se detendrá usted en la laguna?

—No—repuso Chivry;—una vez terminado mi encargo, volveré á Europa con usted.

El negrero le miró con asombro.

—¿Conmigo?—preguntó al cabo de unos instantes.

—Si usted me admite, pagando el pasaje.

—Con muchísimo gusto, y le aseguro que lo pasará usted bien; pero le advierto que yo voy á Cádiz, y no á Francia.

—En Cádiz encontraré algún barco que me lleve á mi patria.

—No alguno, sino diez, veinte. Pero ¿por qué no acompaña usted al Marquesito?

—Porque hay quien se encargará de llevarle hasta el territorio indio.

—¿Es gente de confianza?

—Creo que sí.

—Yo no me fiaría.

—Tengo orden de no acompañarle.

—¡Qué misterio! Nunca conseguiré ponerlo en claro.

—Ni yo tampoco, porque se lo mismo que

usted. Cumplí lo que me ordenó el cazador de la pradera, amigo mío, pero no sé más. ¡Ah!, ¡el Marquesito! ¡Me olvidaba!

—¿Va usted á libertarlo?

—En seguida. Debe de estar harto de calabozo y estará furibundo.

—Por precaución, que la acompañen á usted dos marineros.

—No es mal conjeso; y ¿dónde le pondremos? Su camarote es peligroso.

—Le prepararán el mío, que sólo tiene una porta tan estrecha, que no cabe por ella ni un gato siquiera.

—Conformes.

El señor Chivry llamó á dos marineros y bajó con ellos al interior de la nave, dirigiéndose hacia el pozo que se hallaba cerca de proa; apartados los bultos que Mumbal había amontonado para tapar mejor el pozo y levantada la tapa que lo cerraba, aparecieron el Marqués, atado y

medio amordazado, y el marinero que le custodiaba. Al ver al Barón, Almeida hizo un esfuerzo para romper las ligaduras, pero inútilmente; los marineros sacaron á su compañero y luego tomaron en brazos al joven brasileño, desatándole las cuerdas y librándole de la mordaza.

En cuanto se vió libre el Marquesito se arrojó sobre el Barón, pero sus guardianes le sujetaron.

—¡Vil! ¡No bastaba el rapto: era preciso que me atormentaras!

—Cálmese, Marqués; siento mucho haberle tenido que atar, amordazar y esconder en este pozo; pero usted con su imprudente conducta ha comprometido la seguridad de la nave y la vida de la tripulación.

—¡Así los hubieran colgado á todos!

—Por su culpa han muerto muchos infelices, señor Marqués. Por su culpa hay más de treinta personas sin vida en la cubierta; ¿comprende usted?

—Tanto peor para ellos.

—Menos mal que la mayor parte pertenecían á la nave que nos perseguía

—¡Lástima que en vez de ellos no hayan encontrado la muerte todos los vuestros!

—¡Calle usted, Marqués!

—¡Vaya usted al Demonio!

—Luego; ahora no puedo—dijo Chivry riendo

—Y ahora, ¿qué piensan hacer conmigo?

—Encerrarle en el camarote del Capitán.

—Me tiraré al mar.

—No habrá ninguna tronera á su disposición.

—Pero ¿qué planes tiene usted, hombre fatal? Hable usted, por fin, con claridad.

—No puedo decir una palabra, porque ignoro las intenciones que pueda tener la persona que le aguarda á usted en Río Fernando ó más allá. Pero le aseguro que no le pesará á usted haber sido raptado.

—¿Y quién es esa persona que me ha mandado raptar.

—Lo ignoro.

—¡Mentira!

—Lo juro por mi honor.

—¡El honor de un pirata!—exclamó Alemeida con una carcajada.

—Basta, Marqués, ó...

—¿Qué?

—Llévadle al camarote del Capitán—dijo el Barón, que estaba pálido como un muerto; después volvió las espaldas como si temiera no poder contenerse y subió á cubierta, mientras Almeida le repetía con fuerza:

—¡Mientes, pirata!

Cuando Chivry se presentó sobre cubierta los negreros habían arrojado al mar los cadáveres de los enemigos y camaradas y estaban haciendo desaparecer las grandes manchas de sangre, mientras los carpinteros tapaban las vías de agua hechas por las balas contrarias.

El Capitán, al ver la palidez del Barón y su

viva agitación, comprendió que el diálogo había sido violento, y le dijo:

—Por lo visto el Marquesito le ha hecho un mal recibimiento.

—Sí—repuso Chivry.—Será mejor que no me vea más.

—Tiene la lengua larga y es muy valiente.

El Barón no contestó. Se había sentado sobre un rollo de cuerdas y se pasaba la mano por la frente.

—Por fortuna—repuso el negrero,—hoy ó mañana entraremos en el golfo de Méjico, y dentro de una semana en La Laguna.

—¿Ahora dónde estamos?

—A la altura de las Pequeñas Antillas; dentro de pocas horas daremos vista á la Barbada.

—Mejor.

Luego volvió á su silencio, apoyó la frente en las manos y no habló más.

Entretanto la *Albatros* navegaba á toda vela con rumbo Noroeste, acercándose hacia el archipiélago de las Antillas, el cual forma una gran barrera que se extiende delante del mar Caribe, entre la isla de Puerto Rico, que se halla á los 18°, y la isla de la Trinidad, que está cerca de la desembocadura del Orinoco, gran río de la región venezolana.

Andaba con una velocidad de siete millas por hora, como si anhelara poner entre ella y la nave de guerra toda la distancia posible. Si continuaba así, no tardaría en distinguir las primeras islas, cuya proximidad delataba un aura perfumada y una temperatura más dulce.

Á las siete de la tarde un marinero señaló tierra. Era la Barbada, una de las primeras islas que se hallan viniendo del Este, pues es la más avanzada del archipiélago, no contando con la de Fonseca, pues está tan alejada, que no se la comprende en el grupo.

La Barbada, en cuanto á su extensión, es una de las medianas, pues no tiene más que veintiocho kilómetros de largo por unos veinte de ancho, y una población de 130.000 almas, compuesta casi toda de descendientes de los antiguos esclavos llevados allí desde África en el curso de los tres últimos siglos. Pero por su riqueza é importancia se la cuenta entre las primeras del archipiélago, aunque la arruinó en 1816 la sublevación de los esclavos, que costó tantas vidas.

Descubierta por los portugueses pocos años después del desembarco de Colón en las islas del golfo mejicano, en 1626 pasó á poder de los ingleses y éstos se esforzaron por hacerla más hermosa y productiva. Ahora cuenta con una hermosa capital, Bridgetown, con 20.000 almas, con una ciudadela, un colegio, fuertes, cuarteles y un puerto que puede contener más de cincuenta navíos; se calcula que anualmente renta

EL REY DE LA PRADERA

de veintiocho á treinta millones de libras esterlinas.

La *Albatros*, al divisar la isla, navegó á lo largo de sus costas, y luego viró hacia el Oeste, dirigiéndose á la isla de San Vicente; pero el viento habia cesado y el barco hubo de contentarse con la corriente que le empujaba en dirección del golfo de Méjico, ó mejor dicho, del mar Caribe.

El 30 de Abril, á eso de las diez de la mañana, apareció la isla de San Vicente como una ligera niebla: tan lejana estaba; y pocas horas después la *Albatros*, que habia recuperado su rapidez, entraba en el mar Caribe, llamado también de las Antillas, cuyas aguas bañan las grandes islas de Cuba, Jamaica, Haiti y Puerto Rico, el archipiélago de las pequeñas Antillas, las costas de Yucatán, Honduras, el istmo de Panamá, Colombia y Venezuela.

XI

LA LAGUNA DE LA MADRE

Cinco días más tarde, esto es, el 4 de Mayo, la *Albatros*, que siguió andando por término medio á razón de cinco millas por hora, después de salvar el cabo de San Antonio, que se halla en un extremo de la isla de Cuba, y que, con el de Catoche, forma el estrecho de Yucatán, entraba en el golfo de Méjico.

Esta extensión de agua bien podría llamarse mar por lo vasta que es, pues tiene una superficie de 2.436.000 kilómetros cuadrados, una anchura de 2.940 kilómetros de Este á Oeste y una longitud de 1.038

Á pesar de su amplitud, su profundidad es relativamente pequeña, pues á cincuenta y sesenta kilómetros de la costa las sondas tocan fondo á treinta brazas. Su lecho se levanta

mucho hacia la desembocadura del Mississipi, donde forma bancos muy peligrosos, entre los cuales es tristemente célebre el de Portugas, por las muchas naves que se han perdido y siguen perdiéndose en él. También cerca de las islas de Bahama es peligroso el golfo por sus bancos y escollos, y cerca de la Florida, por su oleaje.

Sus aguas son más densas que las del Océano, sin duda por la gran corriente que se forma en su seno, y con frecuencia se ve aparecer en su superficie llamitas fosforescentes que despiden una luz vivísima.

De Abril á Octubre la navegación por el golfo es fácil; pero pasada esa estación, llamada de las lluvias, durante la cual soplan vientos continuos y regulares, es peligrosa por los terribles vientos denominados *Nortes* que se desencadenan con furia, desde mediados de Noviembre hasta Febrero, conmoviendo la corriente y produciendo espantosos oleajes.

La corriente, que en el golfo tiene una velocidad de 22 á 56 kilómetros diarios, y que al salir al Atlántico llega á 146 kilómetros también diarios, comenzaba á dejarse sentir, acelerando la marcha de la nave negrera.

El capitán Núñez, que parecía poco tranquilo en el golfo, donde temía verse sorprendido por cualquiera otra nave inglesa de Jamaica, y que ansiaba verse libre de su peligroso prisionero, aunque éste estaba más tranquilo, llevaba todas las velas desplegadas para acelerar la marcha.

El 6 de Mayo la *Albatros* cortaba el trópico de Cáncer, cerca de los 23° de latitud, y giraba hacia Poniente, pues la laguna de la Madre se hallaba casi en línea recta. Conforme el barco se acercaba á la costa mejicana las naves eran más frecuentes. Barcos de guerra de las repúblicas de la América central y de los Estados Unidos, bergantines, barcas, goletas, barcos mercantes, por lo general europeos, aparecían

de trecho en trecho; cuales con rumbo á Veracruz, cuales á Campeche, para cargar la madera conocida con este nombre; cuales á las Antillas ó á los puertos de Tejas, Luisiana, Alabama y Florida.

El 10, tras rápida marcha, la tripulación de la *Albatros* descubrió las sierras de Méjico. El Capitán tomó al mediodía la altura, y luego puso la proa al Norte para llegar al grupo de isletas que se extiende delante de la laguna de la Madre y descubrir el paso del Corpus Christi.

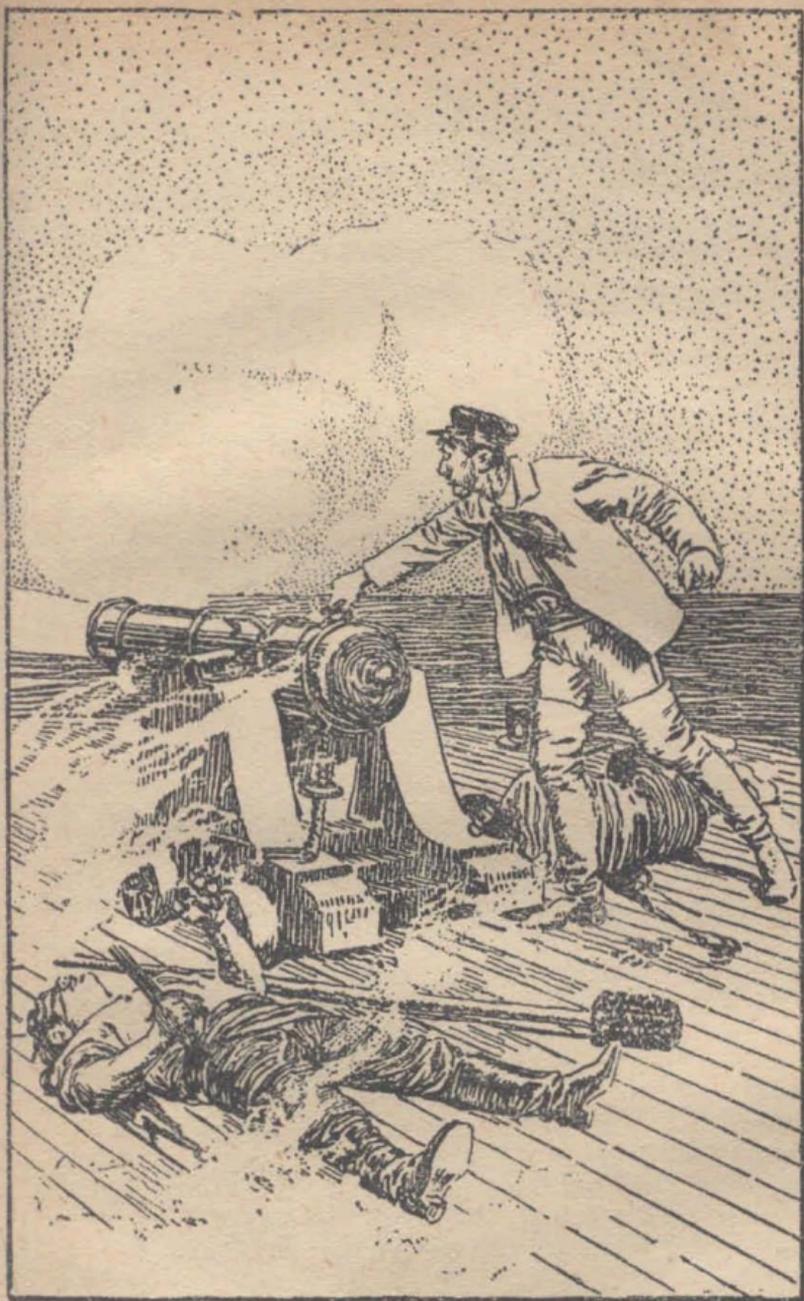
—Dentro de pocas horas habremos llegado —dijo al Barón, que parecía presa de viva inquietud.

—¿Cree usted que habrá agua suficiente en la laguna para que pueda entrar la nave?

—Temo que encalle, así que nos detendremos en el paso del Corpus Christi.

—¿Y cómo llegaremos á la desembocadura del San Fernando?

—Nos embarcaremos en el bote.



Luego acercó la mecha y prendió fuego.

—¿Me acompañará usted?

—Si lo desea

—Con toda el alma.

—¿Conoce usted el río?

—Sí.

—¿Conoce el lugar donde le aguardan esos hombres?

—También.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Dos días.

—Tengo tiempo de enviar á Mumbal á Galveston con la nave.

—¿Para alistar más gente?

—Sí; la verdad, después de la aventura pasada, no me considero seguro. Temo encontrarme otra vez con ese maldito navío.

—¡Bah! la mar es muy ancha.

—Sin embargo, tengo el presentimiento de que aún no ha terminado todo entre nosotros y la goleta.

—Supersticiones, Capitán.

—Serán supersticiones; pero tal vez sea un presentimiento, y por eso no quiero que me sorprendan con tan escasa tripulación. No tengo más que doce hombres útiles, tres heridos, y uno que arrojamos al mar ayer.

—¿Muerto á consecuencia de las heridas?

—No hubo manera de extraerle la bala que le había entrado por debajo de la sétima costilla, y murió mientras usted dormía.

—¡Cuánta sangre nos ha costado Almeida!

—Aunque el Marqués no hubiera huído, la goleta me habría abordado; sospechaba de nosotros y no nos hubiera dejado escapar.

—¡Vira á barlovento!—gritó Mumbal al timonel.

—¿Estamos ya?

—Allí está el paso—dijo Mumbal.

—Prepárense á recoger velas.

—¿No entraremos en la laguna?

—No, Mumbal; que vayan armando entretanto el bote grande. Diga usted, Barón, ¿tendremos que atar al Marqués?

—No hace falta.

—¿Se resistirá?

—No

—¿Se ha resignado?

—No creo; pero esta mañana le puse en el café una dosis de narcótico y debe de dormir profundamente. Tiene para cuarenta y ocho horas.

—Mejor. ¡Cuidado, timonel! ¡A los cabos, y preparad el ancla!

Véase como á una milla á proa de la *Albatros* la boca de un canal que se abría entre dos lenguas de tierras bajas, pantanosas y cubiertas de espesa arboleda. Era el paso del Corpus Christi, que conduce á la gran Laguna de la Madre, en cuyo interior desaguan los ríos San Fernando, Saboncillos y Almos, que se pro-

longa desde la desembocadura del Río del Norte hasta la del Colorado de Tejas.

La corbeta, llegada cerca del extremo de la isla del Padre, frente al paso del Corpus Christi, se detuvo, recogiendo gran parte de sus velas; arrojó al mar el bote, que en pocos minutos estuvo aparejado con una vela y dos foques.

El Barón, Núñez y dos marineros descendieron al bote, llevando en brazos á Almeida, que dormía profundamente. Después de embarcar armas, municiones y viveres, levaron el ancla, mientras la vela y los foques se hinchaban por el viento Noroeste.

—Encárgate de escoger buen personal—dijo Núñez á Mumbal.

—No tema, mi Capitán.

—Y vuelve pronto; dentro de cuatro días estaremos de vuelta.

—No les haré esperar.

Mientras la *Albatros* se ponía en camino.

dirigiéndose á Galveston para alistar gente nueva, el bote enfilaba el paso para ganar la Laguna de la Madre.

—Póngase usted al timón, señor Chivry—dijo el capitán español;—no he entrado nunca en esta laguna y no daría con el río San Fernando.

—Tiene usted razón. Yo los conduciré al río.

—¿Aguardan en algún poblado sus amigos?

—Aquí no hay poblados. Es una región desierta.

—Por lo visto Méjico no se cuida de poblar esto.

—Tiene mucho que hacer. No se ocupa más que de sus guerras civiles y de su hacienda, que va de mal en peor.

—¿Qué me dice usted? ¿Y sus inmensas minas de plata? Deben de producir varios centenares de millones anuales.

—Deben, pero no los producen. Los mejicanos son muy indolentes y prefieren entregárselas á los extranjeros.

—Sin embargo, deben de constituir un buen negocio.

—Como que se afirma que dan el doble de plata que las del Perú y de la Argentina juntas. Durante tres siglos, sólo el Potosí ha enriquecido al mundo entero con su plata y aún se hallan en sus terrenos grandes filones del precioso metal, y las minas del Real de Catorce dan unos veinte millones al año.

—¡Debe de ser enorme la producción de metales preciosos en las dos Américas!

—¡Inmensa!—dijo Chivry.—Se dice que la cantidad de oro y plata que el Nuevo Mundo envía anualmente á Europa asciende á más de nueve décimas del producto total de las minas de Europa, Asia y Africa

—¿Son tan ricas como las mejicanas las otras minas?

—Puede decirse que el Perú, el Brasil, las Guyanas, Chile, Castilla de Oro, Nueva Granada

y las dos Californias están sembradas de oro y plata. En la provincia de Carangas, á setenta leguas del Río de la Plata, se encuentran en las arenas de ciertos ríos verdaderos guijarros de plata, que los indios llaman *papos*, porque se parecen en la forma á las patatas; en Pune (Chile) hay una mina de plata cuyo metal se corta con el cuchillo. No digo nada de la riqueza de las arenas de algunos ríos, especialmente del Orinoco y Amazonas, que contienen pepitas de oro de tamaños inverosímiles.

—¿Y la América del Norte es tan rica como la del Sur?

—No; aparte de Nuevo Méjico y Nueva California, la producción del oro es escasa, y puede decirse que cesa más allá del paralelo 30 ó 40; pero las regiones septentrionales son ricas en minas de hierro, azufre y alumbre, y también se hallan piedras preciosas, especialmente en Labrador, donde se recogen piedras

que reflejan como un prisma todos los colores de la luz, y que acaso den un color más bonito que los rubíes

—¡La Laguna!—exclamó un marinero en aquel momento.

El Capitán y el Barón se levantaron para ver mejor.

Ante ellos, cerrada por dos islas larguissimas, cuyos extremos se perdían á Norte y Sur, y por una costa apenas perceptible se extendía una vasta superficie de agua, interrumpida aquí y allá por islotes y bancos de arena cubiertos de plantas acuáticas, sobre las cuales revoloteaban bandadas inmensas de *rincopos* y ánades.

Ninguna embarcación surcaba aquellas aguas muertas y fangosas, sobre las cuales ondeaba una especie de niebla peligrosa, porque ocasionaba la fiebre amarilla. Diríase que nadie se atrevía á afrontar aquellas soledades tristes é insanas.

Hasta las playas de las islas aparecían deshabitadas. Pero de trecho en trecho, á la sombra de las artemisas y de los cactus, se veían largas filas de zopilotes, especie de pequeño buitre, que en todas las ciudades mejicanas se encargan de la limpieza pública, pues se hallan dotados de una voracidad inaudita

—¡Qué país más feo!—dijo el negrero.—¡Qué lúgubre es esta laguna! ¿Adónde nos dirigimos?

Chivry miró atentamente hacia el Este, donde se distinguía confusa la costa, y señaló un pico aislado que aparecía en aquella dirección.

—Es el monte de Lomoblancó—dijo.—Pongamos la proa en aquella dirección y llegaremos al río San Fernando.

—Más lejos se ve otro pico—dijo Núñez, mirando con su antejo.

—El monte Purgatorio; después lo veremos mejor; cuando pasemos la desembocadura del Río Olmos.

La barca, que navegaba con suficiente rapidez, puso la proa hacia el Oeste, internándose en la vasta y desierta laguna.

Un silencio profundo, apenas interrumpido por el murmullo del agua surcada por la esbelta embaración, reinaba sobre aquella laguna. Las aves, espantadas por la aparición de los extranjeros, huían en bandadas hacia las costas lejanas, ó se ocultaban entre los espesos macizos de cañas.

El Sol, que arrojaba torrentes de luz cálida, ardorosa, levantaba aquella niebla que el viento trasportaba de un lado á otro, disgregándola, para reunirla después en torno de los bancos y de los islotes.

El Barón y el Capitán callaban y los marineros maniobraban, mientras el Marqués yacía, al parecer sin vida, en el fondo de la embarcación.

A mediodía, cuando más elevada era la

temperatura, cesó el viento, dejando el barco casi inmóvil en medio de una atmósfera sofocante; pero hacia las dos volvió á soplar con más fuerza que antes.

Al caer la tarde, el Barón, que observaba la costa occidental, indicó una ancha embocadura que parecía subir hacia el Noroeste, y otro monte que surgía en la orilla izquierda.

—El río San Fernando—dijo,—y ése es el monte Purgatorio.

—?Aún estamos lejos?

—El Río está allá, y no llegaremos antes del alba.

—Entonces, cenemos, y durmamos después.

Los marineros sacaron las provisiones, consistentes en varias latas de conservas y bizcochos, y terminada la frugal comida, el Capitán y el Barón se acomodaron en el fondo del barco, mientras los marineros montaban la primera guardia.

Durante la noche siguió el bote subiendo el brazo de mar que se interna hacia el Noroeste y que puede llamarse la desembocadura del Río San Fernando, aunque no lo sea en realidad.

A las siete de la mañana, después de pasar por delante de las desembocaduras de los Ríos Olmos y Jaloncillos, el Barón y el negrero se hallaron en aguas de San Fernando.

—¿Y sus amigos?—preguntó Núñez.

—Espere—dijo el Barón.

Examinó la orilla derecha y después disparó tres tiros al aire con intervalos de dos minutos. A la última detonación respondió un tiro de fusil, y á poco se vió á un hombre salir de un macizo de helechos y bajar hacia la orilla, gritando:

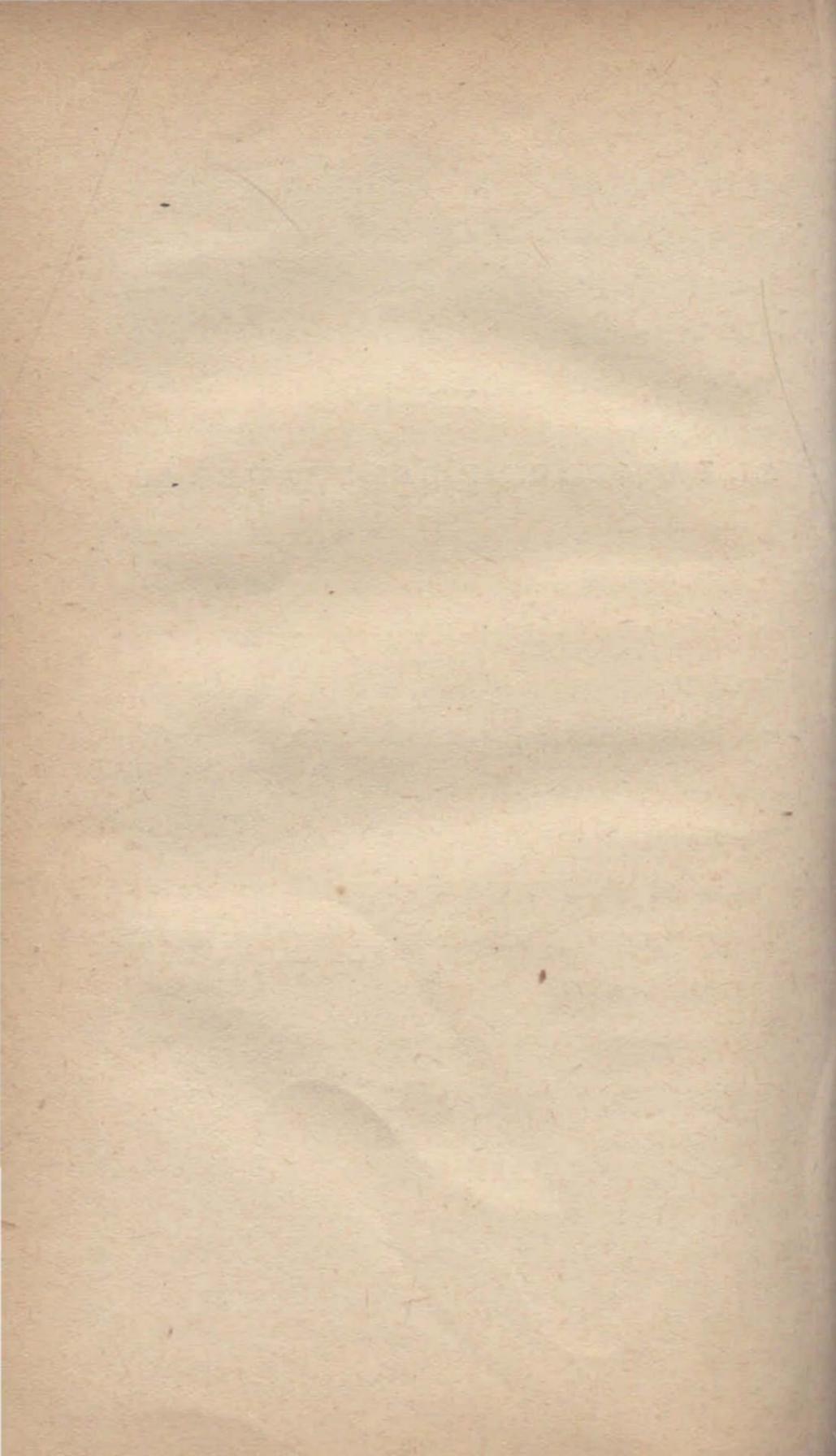
—¿Eres tú, Chivry?

—Yo soy, Ramieroz.

—¡Acércate!

XII

EL CAZADOR DE LAS PRADERAS



El aparecido podría tener treinta ó treinta y cinco años. Era de baja estatura, membrudo, de color bastante bronceado, y tenía el pelo largo y negro como las alas de un cuervo, la barba larga también y fuliginosa.

Su traje tenía algo del mejicano y algo del de los cazadores de las praderas; en la cabeza llevaba un amplio sombrero, adornado con un galón dorado; una casaca de terciopelo, corta y enriquecida con botones de oro, ceñida á la cintura por una faja encarnada, le cubría la espalda, y los pantalones desaparecían dentro de ciertas polainas recamadas que los indios llaman *mocasines*.

Se puso la escopeta en bandolera y se quitó el sombrero, saludando cortésmente al Capitán y á sus marineros con un:

—¡Buenos días, caballeros!

Luego abrazó con efusión á Chivry, que había saltado á tierra, diciéndole:

—Hace una semana que te aguardaba.

—¿Te has impacientado?

—No; ni esperaba verte tan pronto. ¿Salió bien el ardid?

—El Marquesito está á bordo.

—¿Atado?—preguntó el mejicano arrugando la frente.

—No; duerme, y no se despertará antes de una hora.

Ramieroz se acercó á la embarcación, y contempló á Almeida durante unos instantes con vivo interés.

—¡Gracias, Chivry!—dijo.—Creo que el jefe estará contento.

—¿Qué jefe?—preguntó el Barón.

El mejicano se puso un dedo en la boca como rogándole que callara, y añadió:

—Son cosas que no te interesan.

Y volviéndose hacia Núñez, que escuchaba atentamente, añadió:

—Tenga la bondad de seguirme, señor...

—Fernando Núñez, capitán del *Albatros*—dijo el Barón.

El mejicano se inclinó cortésmente ante el negrero, y estrechándole la mano continuó:

—Supongo que estarán ustedes fatigados y que querrán descansar en mi pobre cabaña.

—¿Mando traer al Marqués?—dijo Núñez.

—No hace falta—repuso el mejicano; y acercándose á los labios un silbato, dió tres notas agudas.

Poco después cuatro indios de estatura casi gigantesca, con la cabeza adornada con plumas, calzones cortos, abiertos por abajo y adornados de ciertos colgajos negros que parecían trenzas de pelo humano, salieron de un macizo en el cual debían de estar emboscados, armados de

fusiles y de esas hachas formidables llamadas *tomahawk*.

—Khiovara—dijo el mejicano volviéndose hacia el que parecía más viejo,—carga con aquel muchacho y llévale á la cabaña con mucho cuidado. Es el hombre que espera el jefe.

El indio hizo un signo afirmativo y se acercó al barco, levantando cuidadosamente al Marqués, aún adormecido.

—¡Sígueme, caballeros!—dijo el mejicano volviéndose hacia Núñez y los dos marineros.

Atravesó la playa acompañado del Barón, entró en el macizo de helechos, y doscientos pasos después se detuvo ante una cabaña de construcción reciente frente á la cual pacían seis caballos hermosísimos, de patas secas y nerviosas, cabeza ligera y pequeña alzada, como todos los que recorren las inmensas praderas del territorio indio, Tejas, Arizonas y Arkansas.

—Entren ustedes, caballeros—dijo.—No pue-

do ofrecerles más que un amparo contra los rayos del Sol, una pobre habitación construída de cualquier modo y sin comodidades. Pero hay algunas botellas de mezcal, tabacos y chuletas de antílope muy suculentas.

—No necesitamos más, señor Ramieroz— dijo el Capitán.

La cabaña estaba casi desierta; dentro no había más que los arreos de los seis caballos, dos lechos construídos con ramas de árboles, una hamaca y un horno donde estaban haciéndose unas tortillas, especie de galletas de harina de maíz que se toman mucho en Méjico, donde en parte sustituyen al pan de trigo.

El mejicano extendió en el suelo su zarape, invitó á los huéspedes á que hicieran otro tanto, y sirvió las chuletas y las tortillas, añadiendo dos botellas de mezcal, especie de aguardiente que se extrae de las raíces del maguey, y un paquete de cigarros deliciosos.

—¿De modo—repitió, mientras el Barón y los tres negreros se despachaban á su gusto— que todo salió bien?

—Sí; pero en un tris estuvo que no nos ahorcaran, querido Ramieroz.

—¿Descubrieron el rapto los parientes del Marquesito?

—Al pronto, no; después, seguramente.

—¿Sospechaba algo su tío?

—Que yo sepa, no.

—¿No te ha visto?

—No.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo: estaba durmiendo durante el rapto.

—Eso aún le alegrará más al jefe.

—Pero ¿á que jefe? ¿Quieres explicarte?

—¡No puedo!

—¿Y qué piensas hacer con el Marquesito?

—Lo ignoro.

—¿Quién te encargó del rapto?

—El jefe indio

—¡Veo que no conseguire averiguar nada!

—Lo creo.

—¿Quiere vengarse de los Mendoza-Aran-
juez?

—¡Ca! ¡Al contrario!

—¿Conoce á Almeida?

—Hace muchos años que le vió: cuando era
niño.

—¿Ha estado tu amo en el Brasil?

—Es posible.

—¿Será pariente de los Mendozas?

—No sé.

—¿Es viejo?

—No; pero me parece que no vivió á mucho.

—¿Está enfermo?

—Una herida incurable que recibió en un
combate le trae á mal traer. Acaso no llegue al
verano.

—¿Tendrá que hacer importantes revelaciones al Marquesito antes de morir?

—Puede.

—¿O que deshacer algún entuerto?

El mejicano miró al Barón fijamente como malhumorado y descontento.

—¿Sabes algo?—le preguntó.

—Nada cierto; pero tengo sospechas

¿Qué sospechas?

—Que tu amo no sea indio y que en algún tiempo haya tenido estrechas relaciones con los Mendoza-Aranjuez.

—No puedo afirmar nada.

—¿Se alegrará Almeida de haber sido robado? No quisiera tener remordimientos.

—No te maldecirá, Chivry; acaso te bendiga.

—Luego, mudando de tono bruscamente, preguntó:—¿Es verdad que están arruinados los Mendoza-Aranjuez.

—Sólo poseen una finca con escasas planta-

ciones—dijo Chivry.—Temo que demasiado escasas.

—¿Antes eran riquísimos?

—Poseían inmensas haciendas, miles de esclavos y millones de escudos.

—¡Ah! ¿Y quién los arruinó?

—Un hijo del marqués de Mendoza, un perdido que hubiera malgastado todo el tesoro del Gobierno brasileño si hubiese podido.

—¿Un hermano de Almeida?

—Sí; pero nacido de distinta madre.

—¿Y murió ese dilapidador?

—Nadie lo sabe.

El mejicano calló unos instantes, y luego, como hablando consigo mismo, añadió:

—¡Quizás vuelvan á ser ricos los Mendozas!

—Dime, Ramieroz—repuso el Barón encendiendo un cigarro:—¿volverá el Marquesito al Brasil?

—Tal vez.

—¿Cómo tal vez?

—¿Ha vuelto el amo? Pues buenos deseos tenía de volver á ver aquellos lugares.

—¿Quién se lo impedía?

—Los indios respetan á sus jefes; pero no les permiten abandonar su tribu.

—Pero ¿de qué indios hablas?

—De los apaches del jefe Gran-Aguila.

—¿Dónde habitan esos pieles-rojas?

—Entre el Rio de Chelle y la Sierra Carriso.

—Hay bastante distancia.

—¡Bah! ¡Nuestros caballos corren como el viento!

—¿Cuándo partes?

—Dentro de una hora.

—Pero Almeida no volverá en sí hasta la tarde.

—¡Mejor! ¿Y tú vuelves á las praderas de Tejas?

—No; voy á mi patria — repuso el Barón.

—Ya estoy cansado de esta vida errante. Hace veinte años que no veo mi tierra, y deseo morir en mi antiguo castillo, si aún permanece en pie.

—Entonces, separémonos. Tengo prisa por partir y por ver al jefe. —Se levantó, fué á remover en un rincón de la cabaña, y volvió con dos bolsas, diciendo al Capitán al entregarle una de ellas:—Aquí están los treinta mil pesos que le debemos,—y entregando la otra al Barón, le dijo:—Éste es tu dinero. Ahora márchense, y cuenten con el agradecimiento del jefe Gran-Águila.

Los negreros y el Barón vaciaron el último vaso del mezcal, y salieron acompañados del mejicano. Fuera hallaron á los cuatro indios en torno del Marquesito, el cual había sido colocado sobre una manta riquísima suspendida como una hamaca entre las ramas de un árbol.

—Cuando despierte, salúdale en mi nombre

—dijo el Barón al mejicano.—Te recibirá mal; pero creo que me perdonará el rapto y que me recordará sin enojo.

Descendieron á la playa y se embarcaron.

—¡Adiós, Ramieroz!—dijo Chivry con voz conmovida.—¡Si no volvemos á vernos, acuérdate de tu antiguo amigo!

—Espero verte en la gran pradera—dijo el mejicano.—La patria es muy hermosa; pero la pradera, más.

Dió la mano á todos, les deseó un feliz viaje, subió la playa, y desapareció tras los macizos.

—¡Partamos!—dijo Chivry, que estaba muy triste.

—¡Desplegad las velas!—dijo Núñez.

Los marineros obedecieron, y la rápida embarcación tornó á lo ancho descendiendo la corriente de San Fernando. En lontananza se oía aún la voz del mejicano que cantaba:

Cabalga, cabalga el Conde;
 la Condesa en grupas va,
 y á su castillo...

Después todo se hundió en el silencio, y el Barón se puso más triste. La nave, que volaba como una flecha, se alejó de la desembocadura y entró en el brazo de mar que conduce á la gran laguna. El viento, que había saltado al Poniente, henchía las velas, empujando cada vez con mayor velocidad á la embarcación.

Hasta Núñez, contra su costumbre, estaba taciturno y parecía preocupado. ¿En qué pensaba? ¿Tenía algún presentimiento, ó su mente iba de la *Albatros* á la goleta inglesa?

El silencio duró más de una hora, y al cabo lo rompió el Barón, que iba en el timón, diciendo:

—¡Está usted muy pensativo!

—En efecto—repuso el negrero:—no sé si el aire pestilente de la laguna, ó la separación, ó la

tristeza que veo en su rostro; pero algo me ha puesto de mal humor.

—¿Tiene usted algún presentimiento?

—¡Puede!—dijo el Capitán.

—¿Cuál?

—¡Que sea éste mi último viaje!

—¡Extraña coincidencia! — exclamó Chivry.

—¿Por qué?

—Porque hace poco, cuando hablaba de mi patria, tuve el mismo presentimiento.

—¡Caramba!—exclamó Núñez.—¿Estaremos destinados á la muerte? ¡No puedo olvidar aquella maldita goleta!

—Tal vez estemos locos. Puede que las emanaciones de la laguna nos hayan puesto de mal humor.

—¡Así sea!

Volvieron ambos á sus preocupaciones, y no hablaron más.

Al anoecer, el bote se detuvo junto á la

costa para que los marineros, que se caían de sueño, descansaran un poco; pero á la media noche reanudó la navegación con una Luna espléndida, que se reflejaba vagamente en las aguas de la laguna.

Al dia siguiente, antes de ponerse el Sol, la barca llegaba al paso del Corpus Christi. Núñez, que estaba impaciente por tener noticias de la *Albatros*, disparó varios tiros; poco después sonó en dirección al mar una descarga.

—¡La *Albatros* nos espera!—exclamó, respirando como si se le hubiera quitado un peso de encima.

—¿Habrà reclutado gente nueva?—dijo Chivry.

—Sin duda, pues de lo contrario Mumbal no estaría aquí.

Cuando el Sol desapareció tras el horizonte el barco divisó el Golfo.

Aguzando la vista, el Barón y los negreros

distinguieron una masa negra por la parte de proa que se destacaba claramente sobre el fondo aún rojizo del cielo.

—¡Gracias á Dios!—dijo el español.

Pocos minutos después abordaban á la *Albatros*, á cuyo bordo los aguardaba el gigantesco Mumbal.

XIII

TERRIBLE COMBATE

Cumpliendo su promesa, en cuatro días completó y acrecentó el segundo la tripulación de la *Albatros*, la cual podía ya hacer frente sin temor á la goleta inglesa en el caso de que ésta la sorprendiese al salir del golfo de Méjico.

Además de aumentar las municiones y los cañones adquiriendo seis pedreros, reclutó veintisiete hombres, yanquis en su mayor parte, marineros valientes que no miran con buenos ojos á los ingleses, sus antiguos dueños, y el resto lo constituían españoles y mejicanos, todos ellos escogidos, robustos, resistentes para el trabajo y dispuestos á seguir á su nuevo capitán hasta el fin del mundo.

—¿Qué le parece á usted?—preguntó Mum-

bal al Capitán, que pasaba revista á los reclutas alineados bajo el toldo.

Estoy muy satisfecho de tu elección—
repuso el español.—¿Los embarcaste en Galveston?

—Todos, mi Capitán.

—¿Has visto alguna nave sospechosa durante el viaje?

—Sólo encontramos piraguas tripuladas por pescadores indios.

—¿Estás seguro?

—¡Por la Santa Virgen! ¡No estoy ciego!
¡Si hubiese aparecido alguna nave, la hubiese visto!

—Despliega velas, y vámonos.

—¿Por dónde iremos al Atlántico?

—Bordearemos la costa americana hasta la Luisiana, para refugiarnos en caso de fuerza mayor en alguna laguna ó en algún río; luego saldremos por el canal de la Florida, y navegare-

mos hacia el Oeste atravesando las islas de Bahama. Aprovecharemos ante todo la gran corriente del *Gulf Stream*, y nos mantendremos distantes de Jamaica.

—¿Teme usted que se haya acercado la goleta á aquellas islas para reponerse?

—Estoy seguro de que á estas horas ha puesto en movimiento todos los barcos de guerra ingleses anclados en Kingston.

—¿Habrá llegado ya á aquel puerto?

—Sin duda.

—Estaremos alerta, y nos alejaremos de toda nave, sea ó no sospechosa—dijo el Barón.

—De eso me encargo yo: salvaremos todos los cruceros—repuso Núñez mirando al cielo.

—Tendremos un auxiliar peligroso, pero muy potente.

—¿Cuál?

—El huracán. Veo ciertas nubes que no presagian nada bueno.

—¡Nubes tempestuosas!—dijo Mumbal, que pasaba junto á ellos para mandar levar anclas.

—¡Era lo que nos faltaba!—exclamó el Barón.
—Las tempestades del Golfo son terribles.

—El huracán no nos pillará en el Golfo, sino cerca de las Antillas—repuso Núñez.

—Me han dicho que son espantosas esas borrascas.

—¿Las de las Antillas? Tremendas. ¡Como que atemorizan al más valiente! Pero mi barca es muy sólida, y creo que saldremos victoriosos.

—¿Y por qué son tan tremendas las alteraciones atmosféricas en las proximidades de las Antillas? ¿Acaso por el *Gulf-Stream*?

—No; por los vientos de Este ó de Oeste, que empujan las aguas del Atlántico ó del Golfo hacia el archipiélago antillano con fuerza irresistible á veces. Al encontrar un obstáculo en aquella larga cadena de islas é islotes, las olas

se encrespan con furor y ocasionan los llamados oleajes de fondo, que se levantan en forma de montañas de espuma á una altura inconcebible.

—¿Qué rumbo?—preguntó Mumbal acercándose, mientras la corbeta comenzaba á moverse por la acción del viento y de la corriente que bordea las costas de Méjico.

—Proa al Nordeste—repuso Núñez.—Desde la desembocadura del Mississipí atravesaremos la bahía de Apalache con rumbo á Punta Arenas.

—¡Avante, pues, y que Dios nos proteja!

La *Albatros*, que parecía impaciente por alejarse de aquellos parajes, se lanzó sobre las olas del gran golfo, manteniéndose cerca de la costa mejicana, cuya masa oscura se dibujaba confusamente hacia el Oeste.

El Capitán y Chivry permanecieron en cubierta hasta la media noche; pero viendo que

no aparecía ninguna nave, y que el viento, aunque con tendencias á refrescar, seguía acumulando en los inmensos espacios del cielo enormes nubarrones que se corrían hacia Levante, descendieron á sus camarotes para dormir, pues tenían gran necesidad de hacerlo.

Al día siguiente, 12 de Mayo, el Golfo comenzó á agitarse; las olas recorrían la corriente del *Gulf-Stream*, golpeando con furor el agua móvil que aprisionaban.

La *Albatros*, aunque empujada y sacudida, saltaba con agilidad sobre las montañas espumosas y las despedazaba con su agudo tajamar.

El 13 empeoró el estado del Golfo. El viento silbaba y rugía en el cordaje, el trueno retumbaba entre las tempestuosas nubes, y las olas barrían la cubierta del negrero de proa á popa, cubriendo de agua á los que estaban de guardia.

Sin embargo, no por esto se apuraba el Capitán. En su interior bendecía al huracán,

pues gracias á él esperaba salir del golfo de Méjico sin ser visto, porque las naves inglesas, que andarían buscándole, tendrían que retirarse á los puertos de las Lucayas ó de las grandes Antillas, dejándole libre el paso.

El 14 la *Albatros* divisaba la desembocadura del Mississipi, cuyo delta se interna en el Golfo: este río, llamado por los indios Mesciascebré, que significa *padre anciano de las aguas*, tiene un curso de cinco mil cincuenta kilómetros, y nace hacia el paralelo 47, cerca de la región de los Grandes Lagos.

Aunque el tiempo no mejoraba y en el Golfo no se veía ninguna nave, indicio seguro de que se habían refugiado en los puertos de Luisiana, Núñez puso la proa al Sur para atravesar la vasta bahía de Apalache, que se interna hacia Alabama y Georgia, y ganar Punta Arenas, cabo situado en el extremo de la Florida, cerca del canal del mismo nombre.

Al Sur, sobre las costas de Cuba, se amontonaban enormes masas de nubes negrasísimas, y de aquella parte venían oleadas monstruosas que se perdían bramando en la espaciosa bahía. Además, en aquella dirección venían ráfagas impetuosas que inclinaban los palos y conmovían las velas de la nave negrera.

Las Antillas debían de experimentar entonces grandes daños, y acaso sus ricas plantaciones eran devastadas por un tremendo huracán.

Tampoco mejoró el tiempo el día 15. El mar, agitado hacia la costa de la Florida por un viento irresistible, rebotaba con extrema violencia, provocando terribles oleajes de fondo. En todo lo que abarcaba la vista no se veía más que una inmensa extensión de espuma blanca que se levantaba alborotada, como si debajo de ella combatieran millones de monstruos espantosos.

Entre las ráfagas corrían desordenadamente

bandadas de *ruicopos* que daban gritos de terror.

El 16, hacia las dos de la madrugada, cuando *Albatros* se hallaba á pocas millas de Punta Arenas, el capitán Núñez señaló una nave que parecía vigilar aquellas costas á pesar del huracán, que cada vez soplabá con mayor fuerza. Aunque la noche era oscura, el negrero advirtió que era un barco de guerra.

Una sospecha le pasó por la mente.

—¿Será la goleta?—se preguntó.

—No, Capitán; es un bergantín—dijo Mumbal, que estaba junto á él.

—Me parece que intenta cortarnos el camino.

—Es verdad. ¡Quien la hace, la paga!

—¡Aún no nos han cazado! Manda armar todas las velas, y lancémonos hacia la costa á toda velocidad como si buscáramos un refugio, entre las islas, y prepara los cañones.

Mumbal mandó ejecutar la atrevida maniobra: la *Albatros* corrió á todo trapo á lo largo de la costa, como si quisiera llegar á las islas que rodean el extremo de la península; pero apenas dejó atrás la nave sospechosa viró ligeramente huyendo hacia Levante.

Poco después se proyectó una luz sobre aquel barco que ejecutaba maniobras tan misteriosas perdiéndose entre las tempestuosas nubes, y en lontananza, hacia la salida del Golfo, se oyó un cañonazo.

De los labios del capitán Núñez se escapó una imprecación.

—¡Nos esperan! ¡La goleta está delante de nosotros! ¡No me engaño! Y además no está sola. ¡Ah, queridos ingleses; Núñez tiene la piel muy dura!

—¿Qué va usted á hacer?

—Forzar el paso y huir por el Atlántico. La noche es oscura, sigue la tempestad, y acaso

pueda pasar por ojo á ese maldito barco y echarlo á pique.

—¿No se nos echará encima la nave que nos espiaba?

—Ya no se ve; vamos muy aprisa, y se habrá quedado atrás.

Volviéndose á Mumbal, añadió:

—Conduce la nave hacia la costa, y apaga las luces. Puede que salgamos del Golfo inadvertidos y nos evitemos un combate inútil.

—¿Y los bancos? ¿Con esta oscuridad?

—El fragor de las olas que se rompen nos los indicarán. Apresurémonos; y para que no nos pillen desprevenidos, manda subir las armas y cargar la artillería.

Por segunda vez la *Albatros* navegó hacia la costa, esperando poder escapar sin ser vista por la goleta, que debía vigilar la salida del Golfo y que debía de hallarse en guardia después de la aparición de la luz.

Una vez trasportadas las armas á cubierta, la tripulación se dispuso á lo largo de las bordas. Todas las miradas se fijaban ansiosas sobre las olas, creyendo distinguir las naves enemigas. Por instinto comprendían todos que los amenazaba un tremendo peligro.

Trascurrieron dos horas, y la *Albatros* estaba á punto de llegar á los bancos que se extienden entre la costa y las islas, cuando frente á la proa, á pocos metros de distancia, apareció una masa negra, y poco después dos puntos luminosos.

Casi en el mismo instante un relámpago iluminó la noche. Un aullido de furor salió de pecho de los negreros.

—¡La goleta!

—¡Y se nos echa encima! ¡Nos han descubierta!

—¡Pero el canal es profundo, y el espolón de mi *Albatros* es sólido!

—¿Quiere usted partirla?

—¡Sí, Barón; estoy decidido!—Subió al puente y gritó:—¡Cada uno á su puesto! ¡Al timón, Mumbal, y pásala por ojo!

—¡Bravo!—exclamó el gigante.—¡Haremos una mermelada con esos bribones!

La *Albatros* cambió bruscamente de rumbo y se lanzó hacia la goleta, que no distaba más de tres cables. Los marineros habían empuñado carabinas, sables y hachas, dispuestos á arrojar sobre el navío enemigo. Mumbal puso la terrible bara de hierro al alcance de su mano.

Viendo la goleta que la nave negrera se le echaba encima, abrió el fuego con los seis cañones de babor. La tripulación comprendió que el enemigo iba á jugarse el todo por el todo y que el espolón iba á partir la goleta. Aunque era cuatro veces más pequeña que el velero, disparaba sin cesar contra él, com-

prendiendo que no hubiera podido resistir el abordaje

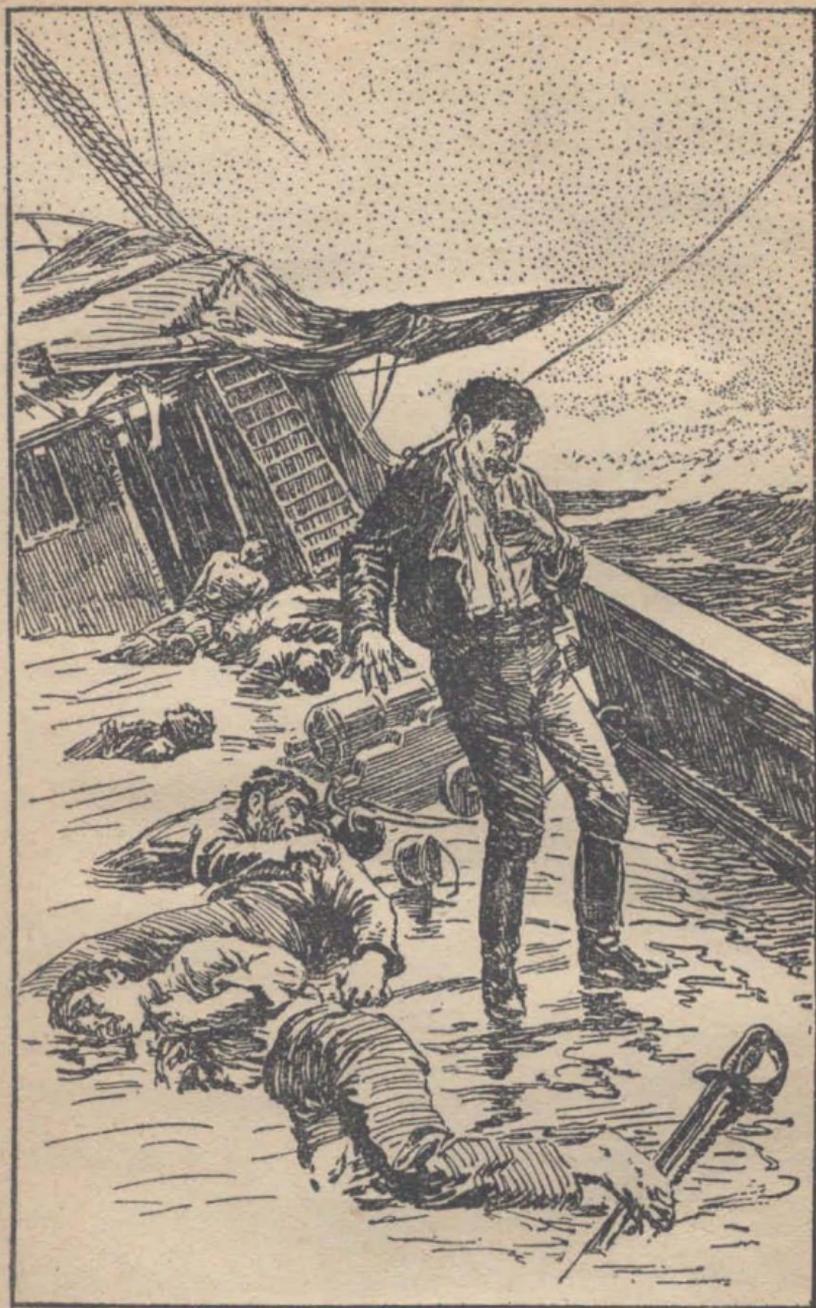
Balas y granadas silbaban alrededor de la arboladura del negrero: la metralla caía sobre la cubierta arrancando astillas, desgarrando velas, tronchando aparejos, derribando hombres; pero la *Albatros* seguía su carrera.

El Capitán inglés, que no quería huir, no se amilanó. Comprendiendo el designio audaz y peligroso del negrero, viró presentando la proa á la *Albatros*.

Núñez, que no perdía el menor movimiento de la goleta, mandó también virar; pero pronto comprendió que no iba á serle fácil embestirla, porque la maniobra de sus velas era más difícil y requería más tiempo.

—¡Ah! ¿Esas tenemos?—exclamó apretando los dientes.—¡Vamos al abordaje!

La *Albatros* estaba á pocos pasos del barco de guerra, que le presentaba la proa, y era



No pudo concluir. Las fuerzas le faltaron, y cayó al suelo.

necesario recoger velas prontamente para evitar el choque.

—¡Todo el mundo á babor! ¡Recoger la vela mayor!—gritó el negrero.—¡Avante!

Mumbal lanzó á la *Albatros* sobre la goleta, partiéndole el bauprés. Los barcos chocaron con una sacudida violentísima: se oyó un crujido, un romperse de cuerdas, palos y tablo-nes, y se vió á la goleta inclinarse sobre un costado con una enorme vía de agua en la amura de estribor.

—¡Al abordaje, marineros! ¡Al abordaje! —gritó el negrero.

La tripulación, que había sufrido las consecuencias del golpe, repuesta ya, se lanzó como un torrente por el lado de babor para saltar sobre la goleta; pero los marineros ingleses se arrojaron también al abordaje, dando aullidos tremendos y disparando á quemarropa.

En medio de aquella profunda oscuridad,

entre los silbidos del viento, las olas que rebotaban, el romperse de maderas y cuerdas, empezó una lucha furiosa, terrible. Ambas tripulaciones, dispuestas á exterminarse antes que á rendirse, luchaban con la furia de la desesperación, deshaciéndose, golpeándose con hachas, sables, barras de hierro, palancas y culatas de escopetas

Desde el primer momento Núñez se perdió entre los combatientes y no se oía su voz, así como tampoco la del Capitán inglés; el señor Chivry vivía aún, y se batía como un león.

De pronto se le vió apartarse del grupo y arrastrarse penosamente hacia un lado oprimiéndose el pecho con una mano. Haciendo un esfuerzo desesperado intentó levantar el sable, ensangrentado hasta el puño, y volver al combate; pero las fuerzas le faltaron y cayó pesadamente, mientras se oía la voz de Mumbal, que gritaba:

—¡Sus, marineros! ¡Afuera esos bribones!
¡Viva la *Albatros*!

.....
.....
.....

Cuando el Barón volvió en sí despuntaba el alba. Pasmado de no oír ya las descargas de los fusiles y de las pistolas, los aullidos feroces de los combatientes, los ayes de los heridos, los lamentos de los moribundos y la voz de trueno del gigantesco Mumbal, se incorporó fatigosamente mirando en torno suyo.

La goleta había desaparecido, y en su lugar flotaban sobre las espumosas olas trozos de madera, barcas destrozadas, tablones, velas y cuerdas de todas clases, y la *Albatros* aparecía cubierta de cadáveres horriblemente mutilados y abrazados unos á otros, como si en sus últimas convulsiones hubieran intentado estrangularse ó despedazarse con los dientes.

Ríos de sangre corrían en todas direcciones saliendo por las rigolas. Atónito, espantado, se puso de rodillas y gritó con voz apagada:

—¡Núñez! ¡Mumbal!

Nadie respondió. Todos los que yacían sobre la cubierta de la nave negrera estaban muertos, y acaso hiciese ya varias horas.

—¡Qué estrago!—murmuró.—¿Y la goleta se habrá hundido? ¿Vivo aún? ¡Vivo! ¿Soy un muerto, ó un moribundo?

Se descubrió el pecho; de una herida le salía un hilo de sangre.

—La bala... está aquí...; me matará... dentro de poco... ¿Y Almeida?

El recuerdo sonrojó las pálidas mejillas del agonizante. Haciendo un esfuerzo desesperado se incorporó sobre las rodillas. Sólo entonces comprendió que había llegado la última hora para la *Albatros*. La nave, toda desguazada por el choque con la goleta, se hundía lentamente

con su cargamento de cadáveres. Oíase penetrar el agua con fieros rugidos en el sollado.

Una triste sonrisa cruzó por los labios del Barón.

—¡El presentimiento... era... cierto! ¡A mí... mis fuerzas!

Se puso en pie con gran trabajo, y apoyándose en la borda se dirigió hacia la popa

Al pasar por delante de aquel montón de cadáveres echó sobre ellos una mirada. En medio, con la frente partida, vió á Mumbal, que aún sostenía entre las rígidas manos su terrible barra de hierro; más allá estaba Núñez con la cara manchada de sangre. Aun después de muerto se pintaba la energía en sus facciones.

—¡Adiós..., Capitán!—murmuró Chivry.

Después, agarrándose al pasamanos de la escala, bajó á la cámara, donde permaneció varios segundos; luego subió á cubierta con una lata de conservas herméticamente cerrada.

E M I L I O S A L G A R I

Se arrastró hasta la borda y miró al agua, que subía con furia. Tomó la caja y la arrojó al mar balbuceando:

—Almeida... acaso... no vuel... va... más... al Brasil..., á menos... que... sepa... el mar...

No pudo concluir. Las fuerzas le faltaron y cayó al suelo, mientras la *Albatros* se hundía rápidamente desapareciendo en las profundidades del Atlántico.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Í N D I C E

PRIMERA PARTE

<u>Capítulo</u>	Páginas
I.—El negrero.....	7
II.—La costa brasileña	29
III.—El rapto.....	47
IV.—Á bordo de la <i>Albatros</i>	67
V.—El marquesito Almeida	85
VI.—El «Gulf-Stream»	101
VII.—Evasión del marquesito.....	117
VIII.—La caza del negrero	137
IX.—Combate á bordo del negrero	159
X.—El golfo de Méjico	177
XI.—La Laguna de la Madre	191
XII.—El cazador de las praderas.....	211
XIII.—Terrible combate.....	229

